



- ◆ Trabajo realizado por el equipo de la Biblioteca Digital de la Fundación Universitaria San Pablo-CEU
- ◆ Me comprometo a utilizar esta copia privada sin finalidad lucrativa, para fines de investigación y docencia, de acuerdo con el art. 37 del T.R.L.P.I. (Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual del 12 abril 1996)

7 contra los generales del rey. Jenón y Teodoto, alarmados ante aquella incursión, se retiraron a las ciudades.  
8 Molón se adueñó de la región de Apolonia<sup>147</sup>; sus recursos eran abundantísimos. Pero ya antes le hacía temible la gran extensión de territorio que dominaba.

44 En efecto: todas las yeguas de la caballería real están en manos de los medos, que disponen de trigo y de ganado en cantidades prácticamente incalculables. Casi nadie podrá exponer acertadamente la extensión del país y el valor estratégico de su situación.  
3 La Media se extiende por el Asia central, y, parangonada con las demás partes del Asia, las supera tanto por su extensión como por la altura de sus cordilleras.  
4 Además, tiene por vecinos a los pueblos más fuertes y numerosos. Limita por el norte y el este con las llanuras desérticas<sup>149</sup> que hay entre Persia y Partia; controla y domina las puertas llamadas Caspias, y llega hasta los montes Tapiros<sup>150</sup>, no muy distantes del mar de Hircania. Por el sur llega hasta Mesopotamia y a la región de Apolonia. Su frontera con Persia está protegida por el monte Zagro<sup>151</sup>. La ascensión hasta su cumbre es de unos cien estadios, y en él se abren valles y en alguna parte hondonadas en las que viven los

<sup>147</sup> Ya en tierras de Babilonia. Cf. cap. 52.

<sup>148</sup> Esta digresión geográfica, que responde sin duda a la mano de Polibio, quizás haya sido introducida aquí por un copista inhábil, pues no responde en absoluto al contexto. Por lo demás, contiene inexactitudes de detalle. Cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc.

<sup>149</sup> El Desierto de Lout y el Gran Desierto Salado, entre los ríos Kirman y Corasan.

<sup>150</sup> Las puertas Caspias son el collado de Serdera; los montes Tapiros son el macizo de Elburz, y el Mar de Hircania es el actual Mar Caspio.

<sup>151</sup> Son las actuales montañas de Farsistán.

coseos<sup>152</sup>, los corbenes, los carcos y muchos otros linajes bárbaros notoriamente excepcionales por sus dotes guerreras. Media limita por el sur con el país de Sátrapa<sup>153</sup>, relativamente cercano a aquellos pueblos que dan ya al Ponto Euxino. Por el norte la rodean los elimeos<sup>154</sup>, los aniaraces, los cadusios<sup>155</sup> y los matianos<sup>156</sup>; por su parte domina las regiones colindantes con el lago Meótico<sup>157</sup>. Media en sí está surcada por numerosas cordilleras que la recorren de norte a sur; entre tales cadenas montañosas hay unas llanuras atestadas de ciudades y de aldeas.

Dueño, pues, de un país que ya tenía la categoría de reino, Molón se había hecho temible hacia ya largo tiempo, según dije, por la superioridad de su potencia; sin embargo, entonces, cuando pareció que los generales del rey le cedían el campo abierto, que el empuje de sus tropas había crecido porque sus primeras esperanzas habían prosperado según sus cálculos, la impresión que causaba era terrorífica; ningún pueblo del

<sup>152</sup> Pueblo excepcionalmente salvaje, que vivía en las montañas entre Media y Susiana. Suministraba mercenarios a los ejércitos persas y Alejandro Magno los sometió en el año 324.

<sup>153</sup> Es el actual Azerbadjan. Sin embargo, aquí la grafía del griego original no es segura. Casaubon, en su edición ginebrina del texto griego escribió «atropatios» y Gronovio, «saspiros». Con todo, Polibio escribe más abajo, otra vez, «país del sátrapa» (55, 2) y, en este último lugar, el texto es paleográficamente seguro.

<sup>154</sup> Estos elimeos no tienen nada que ver con los pueblos bíblicos de Elam (cf. *Hechos de los Apóstoles* 2, 8). Vivían en el N. de la Media, junto a los montes Tapiros. La grafía vuelve a ser incierta; algunos manuscritos griegos escriben «delimeos».

<sup>155</sup> Los cadusios vienen citados por fuentes latinas (PLINIO EL JOVEN, *Historia Natural* XI 514, 523); eran famosos por su habilidad en luchar con la jabalina. Se ignora su ubicación exacta.

<sup>156</sup> Los matianos vivían al E. de Armenia.

<sup>157</sup> Es el actual mar de Azov.

- 3 Asia creyó poder ofrecerle resistencia. Molón primero quiso pasar el río Tigris y poner cerco a Seleucia <sup>158</sup>.
- 4 Pero Zeuxis <sup>159</sup> se adelantó a retirar las embarcaciones fluviales, con lo que frustró la travesía. Molón se replegó entonces a un campamento que tenía en el sitio llamado Ctesifonte <sup>160</sup>, y dispuso que sus tropas pasaran allí el invierno.
- 5 El rey, informado de la incursión de Molón y de la retirada de sus generales, se aprestaba, él personalmente, a una segunda campaña contra Molón, dejando de momento la ofensiva contra Ptolomeo; no quería dejar
- 6 pasar la oportunidad. Pero Hermias, siempre fiel a su primer propósito, envió contra Molón a Jenitas el aqueo a la cabeza de un ejército sobre el cual ejercía el mando absoluto: decía que contra los sediciosos debían luchar generales, pero que contra reyes era el rey mismo quien debía dirigir las operaciones y las batallas decisivas.
- 7 Debido a la poca edad del rey, tenía avasallado al muchacho, y fue él quien tomó el mando y concentró las tropas en Apamea. Después levantó el campo y se presentó, desde allí, en Laodicea <sup>161</sup>. Tomando esta ciudad como base, el rey pasó a la ofensiva con todo su ejército, atravesó el desierto y llegó al valle llamado de
- 9 Marsias <sup>162</sup>, situado entre las laderas del Líbano y del Antilíbano. Cuando llega a estos montes, el valle se reduce a un simple desfiladero. Allí donde alcanza su máxima angostura, el valle es de paso difícil por haber

<sup>158</sup> Seleucia del Tigris, por oposición a Seleucia del Puente.

<sup>159</sup> Zeuxis, oficial de alto rango, que gozaba de la confianza de Antíoco. Cf. XVI 1, 8; XXI 16, 4; 17, 9-11.

<sup>160</sup> Población situada frente a Seleucia del Tigris, en la orilla opuesta del río.

<sup>161</sup> Apamea, en la orilla del Orontes, y Laodicea del Líbano, emplazadas en territorio actualmente sirio.

<sup>162</sup> Esta ubicación por parte de Polibio es exacta.

en él lagunas y charcas en las que se corta la caña aromática <sup>163</sup>.

Controlan el desfiladero, por un lado, la plaza llamada Broquis, y, por el otro, la denominada Guerra <sup>164</sup>; el paso que hay entre ambas es muy angosto. Antíoco <sup>2</sup> marchó bastantes días por el valle citado, y se ganó las ciudades que hay en él; al final se presentó en Guerra. Pero se encontró que Teodoto el etolio <sup>165</sup> se le había <sup>3</sup> avanzado ocupando Guerra y Broquis; había fortificado con fosos y estacadas la región de los lagos, y había dispuesto guarniciones oportunas. Con todo, Antíoco inicialmente trató de forzar las defensas. Pero tanto la <sup>4</sup> fragosidad del lugar como el hecho de que las fuerzas de Teodoto se mantenían intactas hacían que Antíoco sufriera más pérdidas que las que infligía. Y desistió de su intento. A lo abrupto de aquellos parajes se le <sup>5</sup> sumó la noticia de que Jenitas había experimentado un desastre total y Molón se había adueñado ya del país entero. Antíoco renunció al punto a esta empresa y se aprestó a restablecer la situación de su propio reino.

Jenitas, el general enviado con <sup>6</sup> plenitud de poderes, como ya antes se dijo <sup>166</sup>, alcanzó con ello una potestad superior a la que hubiera podido esperar y empezó a tratar a sus amigos con excesiva arrogancia y a ser temerario en sus intentos contra el enemigo. Sin em- <sup>7</sup> bargo, cuando alzó su campo contra Seleucia llamó a

*Desastre de la armada  
real. Conquistas de  
Molón*

<sup>163</sup> Es el *Calamus Aromaticus* de los naturalistas. Pero en la referencia de Polibio hay inexactitudes. Véase la amplia discusión de WALBANK, *Commentary*, ad loc.

<sup>164</sup> Broquis parece ser la actual Al-Baruk; Guerra está a muy poca distancia. Esta última parece ser la capital de la región bíblica de Iturea.

<sup>165</sup> Cf. 40, 1-3.

<sup>166</sup> Cf. 45, 6.

Diógenes, el comandante de Susiana, y a Pitíadas<sup>167</sup>, el jefe de la región del Mar Rojo<sup>168</sup>; luego salió con su contingente, utilizó como línea de defensa el río Tigris<sup>8</sup> y acampó frente al enemigo. Muchos se le pasaron a nado desde el campamento de Molón y le explicaron que, si cruzaba el río, el ejército íntegro de Molón se le pasaría, pues era objeto del odio de todos, mientras que la inmensa mayoría experimentaba una gran simpatía hacia el rey. Estimulado por esto, Jenitas se dispuso a cruzar el Tigris. Primero fingió que iba a tender un puente en cierto lugar de su curso en el que había un islote, pero en realidad no preparaba nada necesario para tal construcción; por lo que Molón no atendió<sup>10</sup> en absoluto a este proyecto fingido. Jenitas juntaba y<sup>11</sup> aparejaba naves, y ponía en ello gran empeño. Selecciónó, de su ejército, a los hombres más robustos y a los caballos más vigorosos, dejó el cuidado del campamento a Zeuxis y a Pitíadas, y él descendió de noche, por la orilla del río, unos ochenta estadios<sup>169</sup>, alejándose del<sup>12</sup> campamento de Molón. Con las naves cruzó el río sin ningún peligro y acampó, antes de que alboreara, en un lugar estratégico ocupado previamente, circundado en su mayor parte por el río, y asegurado, en la restante, por cenagales y marismas.

<sup>47</sup> Avisado de lo ocurrido, Molón envió a su caballería para que obstaculizara a los que aún cruzaban sin dificultad el río y aniquilara a los que ya lo habían pasado. Los jinetes se aproximaron a los hombres de Jenitas, pero no conocían los parajes, por lo que el enemigo no necesitó hacer nada: se hundían por ellos mismos, quedaban sumergidos en los pantanos sin poder

<sup>167</sup> Diógenes y Pitíadas, dos generales de Antíoco cuya titulación exacta se discute. Cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc.

<sup>168</sup> El territorio del mar Eritreo es la región mesopotámica que va del SO. de Babilonia hasta el golfo Pérsico.

<sup>169</sup> Un kilómetro y medio.

remediarlo; muchos de ellos perdieron la vida. Por su<sup>3</sup> parte, Jenitas abrigaba la convicción de que si se les acercaba, las fuerzas de Molón se le pasarían, de modo que avanzó junto al río, se aproximó al adversario y estableció su campamento no muy lejos del enemigo. Entonces Molón, quizás como un ardid de guerra, quizás<sup>4</sup> porque no confiaba totalmente en sus hombres, no le fuera a ocurrir lo que Jenitas esperaba, abandonó su impedimenta en el campamento y lo levantó marchando rápidamente como hacia Media. Era aún de noche. Jenitas supuso que la fuga de Molón se debía al pá-<sup>5</sup> nico que su propia marcha le había causado y a que desconfiaba de sus fuerzas. Primero se acercó al lugar donde había acampado el enemigo, y lo ocupó; luego trasladó a este campamento, desde el suyo propio, custodiado por Zeuxis, a su caballería con los pertrechos correspondientes. A continuación reagrupó a sus hom-<sup>6</sup> bres y les arengó: les dijo que cobraran ánimo y que tuvieran las más hermosas esperanzas en todo, porque Molón había huido. Tras estas palabras, les encargó<sup>7</sup> que se cuidaran y que repusieran fuerzas, pues al día siguiente de madrugada iniciarían la persecución de Molón.

Pero los soldados de Jenitas, confiados y viendo a<sup>48</sup> su disposición provisiones de todo tipo en abundancia, se entregaron a comilonas y a borracheras, y a la negligencia fomentada por tales excesos. Cuando hubo al-<sup>2</sup> canzado un lugar suficientemente distante, Molón ordenó a sus hombres que tomaran el rancho, dio la vuelta y regresó; encontró a los enemigos que yacían ebrios, y con la primera luz del día atacó el campamento. Jenitas, pasmado por un suceso tan inesperado, no logró<sup>3</sup> despertar a muchos de sus hombres que dormían la borrachera, por lo que se lanzó rabioso contra el ene-<sup>4</sup> migo, y sucumbió. De los que dormían, la mayoría murió en sus propias yacijas; los restantes se lanzaron al

río e intentaron cruzarlo a nado para alcanzar el otro  
 5 campamento. Pero en su mayoría se ahogaron. En el  
 campamento reinaba un desconcierto y una confusión  
 total e indescriptible, pues el pánico y el temor se ha-  
 bían apoderado de todos. El campamento del otro lado  
 estaba a muy corta distancia, y, además, era visible,  
 por lo que los hombres, en su afán de escapar, olvi-  
 6 daron la fuerza de la corriente<sup>170</sup> y las dificultades que  
 ofrecía el río. Estaban como fuera de sí y anhelaban  
 sólo ponerse a salvo, por lo que se iban tirando al  
 agua y lanzaban a ella también las acémilas con sus  
 7 bagajes, como si el río debiera proporcionarles una  
 ayuda providencial, debiera traspasarles sin peligros al  
 9 campamento establecido en la orilla opuesta. El es-  
 pectáculo que ofrecía la corriente era trágico e inusual,  
 pues lo arrastraba todo, además de los hombres que  
 nadaban: caballos, bestias de carga, armas, cadáveres  
 y bagaje de todas clases.

10 Molón, tras apoderarse del campamento de Jenitas,  
 cruzó el río ya sin peligro, sin que nadie impidiera su  
 avance, pues todos los hombres de Zeuxis habían huido.  
 11 Se adueñó también de este segundo campamento. Aca-  
 bó sus operaciones y se presentó con su ejército en  
 12 Seleucia. En su incursión tomó esta plaza, porque Zeu-  
 xis a su vez la había abandonado, y con él Diomedon-  
 te<sup>171</sup>, gobernador de Seleucia; Molón prosiguió ya su  
 avance y sometió sin ningún esfuerzo las satrapías del  
 13 norte. Entró en Babilonia y conquistó la región del Mar

<sup>170</sup> Este río es el Tigris, palabra que parece ser persa, y que, como nombre común, significaría «ímpetu», «fuerza». Este pasaje de Polibio acreditaría plenamente tal etimología.

<sup>171</sup> El mismo Polibio vacila cuando quiere especificar el cargo ejercido por este Diomedonte, porque si bien aquí le llama *epistátēs*, algo así como «presidente», más abajo (50, 10) le llama *acrophylax*, que es un cargo estrictamente militar. Parece que este último prevalece sobre el otro.

Rojo, tras lo cual se presentó en Susa. En su marcha 14  
 tomó incluso esta ciudad, pero los ataques que lanzó  
 contra su acrópolis resultaron vanos, porque el general  
 Diógenes se le había anticipado a ocuparla. Molón de- 15  
 sistió de estas tentativas: dejó allí las fuerzas suficien-  
 tes para que prosiguieran el asedio, él personalmente  
 levantó el campo sin dilaciones y se dirigió, con el  
 grueso de su ejército, a Seleucia del Tigris. Allí atendió 16  
 con sumo cuidado a sus hombres, les exhortó, y les  
 estimuló para las operaciones siguientes; conquistó  
 Paropotamia<sup>172</sup> hasta la ciudad de Europo<sup>173</sup> y Meso-  
 potamia hasta Dura.

Cuando Antíoco supo todo esto, como ya apunté más 17  
 arriba<sup>174</sup>, renunció a sus proyectos sobre Celesiria y se  
 dedicó de lleno a sus nuevas empresas.

Entonces el consejo volvió a re- 49  
 unirse en sesión y el rey ordenó  
 hablar sobre las medidas a tomar  
 contra los preparativos de Molón.

Y otra vez fue Epígenes el pri-  
 mero que tomó la palabra y disertó acerca de la situa-  
 ción presente: dijo que ya antes su recomendación 2  
 había sido no entretenerse y no permitir que el adver-  
 sario obtuviera tales victorias; con todo, incluso ahora  
 debían afrontarse los acontecimientos. Hermias se en- 3  
 fureció de nuevo de modo tan vehemente como absurdo  
 y empezó a insultar a Epígenes, al tiempo que se alaba- 4  
 ba mucho a sí mismo y lanzaba contra él acusaciones  
 calumniosas y falsas. Conjuraba al rey para que una

<sup>172</sup> Paropotamia indica unos territorios al O. del Eufrates.

<sup>173</sup> Europo (actualmente Dura-Europos), ciudad bien conocida por los arqueólogos, debido a las importantes excavaciones llevadas a cabo en ella, es una fundación de Nicanor, sátrapa de Seleuco I, en Mesopotamia. Ya en la antigüedad hubo aquí dos ciudades, Dura y Europo.

<sup>174</sup> Cf. 46, 5.

negligencia inconsecuente no le hiciera dejar sus esperanzas sobre Celesiria. Se malquistó con la mayoría de los miembros del Consejo, enojó incluso a Antíoco, y acabó su oposición a duras penas, no sin haber hecho el rey un gran esfuerzo para reconciliarles. La mayoría fue del parecer que las palabras de Epígenes habían sido más precisas y oportunas, por lo que su consejo prevaleció, el de marchar contra Molón, y atender a estas operaciones. Hermias cambió repentinamente de parecer y se atuvo al de los otros: declaró que era indispensable que todos ejecutaran sin excusas lo decidido, y él mismo se mostró muy presto para los preparativos.

La concentración de las tropas fue en Apamea, pero allí estalló un motín entre las tropas debido al retraso en la percepción de sus haberes. Hermias cogió al rey consternado y aterrorizado ante aquel movimiento, por la ocasión en que se encontraban, y se ofreció a abonar de su peculio los estipendios debidos a todos, a condición de que se le concediera la exclusión de Epígenes de aquella expedición, pues iba a ser imposible hacer algo razonable en ella cuando había surgido entre los dos tal rencor y enemistad. La petición sentó muy mal al rey, y se empeñó por encima de todo en que Epígenes participara en la campaña: su experiencia bélica era, en efecto, muy grande. Pero al fin, cogido y conquistado como estaba por las intrigas, el cuidado y las lisonjas que la perversidad de Hermias le prodigaba, el rey ya no fue dueño de sí mismo: cedió a las circunstancias y asintió a las exigencias. Epígenes obedeció a las órdenes y se retiró a Apamea<sup>175</sup>; los miembros del consejo

<sup>175</sup> En el texto griego hay aquí una laguna de dos o tres palabras. Me aparto del texto de Büttner-Wobst (que, traducido, daría «inmediatamente») y recojo la vetusta lectura de Casaubon «a Apamea», que me parece más justificada por todo lo que sigue.

temieron ya los celos de Hermias; las tropas, en cambio, que habían logrado la satisfacción de sus exigencias, cambiaron de parecer y mostraron su adhesión, excepto los cirrestes, al que había hecho posible el saldo de las deudas. Los cirrestes<sup>176</sup> se sublevaron y desertaron en número de seis mil. Durante mucho tiempo crearon problemas, pero al final un general del rey les derrotó en una batalla en la que en su mayoría perecieron; los supervivientes se entregaron a la merced de Antíoco.

Hermias se había ganado así, por el miedo, a los consejeros del rey, y a las tropas, por la liberalidad con que las había tratado; entonces levantó el campo y avanzó, siempre en compañía del monarca. En cuanto a Epígenes, le dispuso la trampa siguiente, con la connivencia y colaboración del gobernador militar de Apamea, Alexis. Redactó una carta, que fingió enviada por Molón al dicho Epígenes; luego, sobornándole con grandes regalos, convence a uno de sus criados que la introduzca en casa de Epígenes y la mezcle con sus documentos. Realizado esto, Alexis se presentó al punto en el domicilio de Epígenes y le preguntó si había recibido alguna carta de Molón. Epígenes lo negó, ofendido<sup>177</sup>, y Alexis exigió que se procediera a un registro. Entró al instante y dio con la carta. La utilizó como pretexto y ordenó la ejecución inmediata de Epígenes. Ante tales hechos, el rey se convenció de la justicia con que se le había eliminado. No así los cortesanos, que sospechaban lo ocurrido. Sin embargo, el miedo les retuvo y no hicieron nada.

<sup>176</sup> Pueblo en el N. de Siria, en Commagene.

<sup>177</sup> El texto griego ofrece aquí una leve ambigüedad: la palabra que significa «ofendido» sintácticamente también puede referirse a Alexis, en cuyo caso la traducción sería: «agriamente» o, quizás, «con malos modos».

51 Antíoco llegó a las orillas del Eufrates, donde concedió un descanso a sus tropas: luego reemprendió la marcha. Alcanzó Antioquía de Migdonia<sup>178</sup> en el solsticio<sup>179</sup> de invierno, y se quedó en esta plaza, con la intención de pasar allí el principio y el período más  
2 duro del invierno. Tras una permanencia de cuarenta  
3 días, avanzó hacia Liba. Aquí celebró un consejo para deliberar acerca de la ruta por la que se debía avanzar contra Molón, y también sobre el tema del abastecimiento: en qué consistiría y de dónde lo lograrían;  
4 Molón se encontraba en la región de Babilonia. Hermias era del parecer que debían marchar paralelamente al Tigris, de manera que este río, el Licos y el Capros<sup>180</sup>  
5 les cubrieran el flanco. Zeuxis tenía ante sus ojos la muerte de Epígenes, y exponer su opinión le producía angustia; sin embargo, la ignorancia de Hermias era tan evidente, que se atrevió a aconsejar, aunque a duras  
6 penas, la travesía del río Tigris: aducía en su defensa las dificultades que iban a encontrar en una marcha paralela a la corriente fluvial, y que no podrían evitar, tras recorrer territorios muy extensos, otra de seis días a través del desierto para alcanzar el llamado canal  
7 real<sup>181</sup>. Si lo encontraban ocupado de antemano por el enemigo, no podrían cruzarlo, en cuyo caso deberían retirarse por el desierto, algo evidentemente peligroso, principalmente por la falta de suministros que iban a  
8 sufrir. En cambio, si se pasaba el Tigris, Zeuxis probó

<sup>178</sup> Antioquía de Migdonia, la antigua Nizibis, que Seleuco Nicator transformó en ciudad griega. Está al E. de Apamea, no lejos del río Tigris.

<sup>179</sup> Del invierno 221/220 a. C.

<sup>180</sup> Afluentes por la izquierda del Tigris, llamados hoy el Gran Zab y el Pequeño Zab.

<sup>181</sup> Este canal unía el Tigris y el Eufrates en la región de Ariaxos. PLINIO lo llamó *flumen regium* (*Historia Natural* VI 120).

que los pueblos<sup>182</sup> del país de Apolonia cambiarían de partido y se pasarían al rey, pues ahora prestaban obediencia a Molón no porque simpatizaran con él, sino simplemente forzados por el miedo. Además, era claro  
9 que el ejército dispondría de provisiones en abundancia, ya que el país era muy fértil. Pero el punto más  
10 fuerte de su argumentación fue demostrar que con el paso del río a Molón le quedaría cortada la retirada hacia Media, así como también interceptados los re-  
11 fuerzos procedentes de ella. Todos estos factores obligarían a Molón a arriesgar una batalla, y, si no se atrevía a librarla, sus tropas cambiarían al punto de opinión y pasarían a compartir las provisiones del rey.

Esta opinión de Zeuxis fue la que se impuso, y Antíoco  
12 dividió a su ejército en tres contingentes que atravesaron el río por tres lugares distintos; pasaron también los bagajes. Se dirigieron en seguida directamente  
13 hacia Dura<sup>183</sup>, y ya al primer ataque rompieron el cerco a que estaba sometida, pues un general de Molón la asediaba. Después, tras una marcha ininterrumpida de  
14 tres  
15 ocho días, rebasaron el monte Órico<sup>184</sup> y alcanzaron los territorios de Apolonia.

Por aquel entonces, Molón fue  
16 informado de la presencia del  
17 *La batalla decisiva* rey. Desconfiaba totalmente de las poblaciones de Susiana y de Babilonia, que había sometido hacía  
18 muy poco tiempo y de manera inesperada, temía también que le cortaran la retirada hacia Media, por lo que decidió tender un puente sobre el río Tigris y hacer

<sup>182</sup> WALBANK, *Commentary*, ad loc., insinúa la posibilidad de que aquí deba traducirse no «los pueblos», sino «las tropas». Sobre Apolonia, cf. nota 149.

<sup>183</sup> Sobre Dura, cf. nota 173.

<sup>184</sup> El Órico es un monte situado al S. de la confluencia del Tigris y el Pequeño Zab. Su nombre actual es Djebel Hamrin.



5 pasar por él sus fuerzas; su anhelo era, si lo lograba, adelantarse al rey y ocupar la región montañosa de Apoloniátide; tenía depositada su confianza en sus honderos, de los que disponía en gran número; se trata de los llamados cirtios<sup>185</sup>. Realizó sus planes e hizo una  
6 marcha rápida, sin detenerse. En el mismo momento que Molón alcanzaba los lugares antedichos el rey salía de Apolonia con todo su ejército: las avanzadillas de ambos bandos, compuestas por infantería ligera, coincidieron  
8 en ciertas lomas. En el primer momento trabaron combate y se tantearon mutuamente, pero cuando iban a entrar en la refriega los gruesos de ambos ejércitos, desistieron de ello y se retiraron a sus propios campamentos, que habían establecido a una distancia de  
9 cuarenta estadios uno de otro. Sobrevino la queda. Molón había pensado que luchar de día y frente a frente contra el rey era inseguro y difícil para unos sublevados, de manera que se propuso atacar a Antíoco de  
10 noche. Escogió a los hombres más aguerridos y fuertes de todo su ejército y dio un rodeo por algunos parajes, pues quería que su arremetida fuera desde lugares más  
11 altos. Pero supo que durante la marcha un grupo de diez jóvenes se le había pasado al enemigo; esto le hizo  
12 desistir de sus proyectos. Dio al punto la vuelta y se replegó; al despuntar el día compareció en su propio campamento, con lo que todo el ejército se llenó de  
13 alboroto y de desconcierto: la llegada de los que regresaban interrumpió el sueño de los que dormían en el campamento, y les llenó de pavor; poco faltó para que lo abandonaran tumultuosamente. En la medida de lo posible, Molón iba calmando la perturbación surgida entre los suyos.

53 El rey tenía preparada ya la batalla, y así que apuntó el día fue sacando todas sus tropas del campamento.

<sup>185</sup> Población nómada que vivía en el N. de Media y de Persia.

Apostó en el ala derecha, primero a los jinetes armados 2 de lanzas, al mando de Ardis<sup>186</sup>, hombre muy ducho en las operaciones bélicas. A continuación dispuso a los 3 aliados cretenses, a los que seguía el contingente de galos rigosagos<sup>187</sup>. Inmediatos a éstos colocó las fuerzas extranjeras y los mercenarios griegos; tocando a ellos, cerraba esta ala la formación de la falange. El ala iz- 4 quierda, la confió a los llamados «compañeros»<sup>188</sup>, un cuerpo de caballería. Situó a sus elefantes, diez en número, a cierta distancia unos de otros, delante de toda su formación. Distribuyó entre las alas sus reservas 5 de caballería y de infantería, y él ordenó que, así que se trabara el combate, iniciaran una operación envolvente. Luego recorrió las líneas e iba arengando a todas sus 6 fuerzas con unas breves palabras apropiadas al caso. El mando del ala izquierda lo confió a Hermias y a Zeuxis, y se reservó el del ala derecha.

Molón, por su parte, hizo salir a sus tropas no sin 7 dificultades, y a duras penas si pudo ordenarlas, debido a la confusión de la noche precedente. Con todo, dividió 8 su caballería entre las dos alas, de un modo paralelo a la formación enemiga; colocó a los soldados armados de escudo, a sus galos y el conjunto de su infantería pesada, en el lugar que dejaban libre sus dos formaciones de jinetes. Repartió también entre las alas, pero 9 más allá del lugar que ocupaba la caballería, a honderos, arqueros y a las tropas de este tipo. Dispuso también, a cierta distancia unos de otros, los carros armados

<sup>186</sup> Probablemente un lidio. Cf. 60, 4-8. Este nombre era frecuente en Lidia.

<sup>187</sup> Tropas mercenarias al servicio de Antíoco.

<sup>188</sup> Entiéndase «del rey». Era un título que Filipo II y Alejandro Magno confirieron a la caballería macedonia, y que continuó en uso en los ejércitos de los diádocos.



- 10 de hoces<sup>189</sup>. Confió el mando del ala izquierda a su hermano Neolao, y él se reservó el de la derecha.
- 54 Los dos ejércitos arremetieron uno contra otro. El ala derecha de Molón se mantuvo leal y trabó combate corajudamente contra los hombres de Zeuxis, pero el ala izquierda, así que vio que iba a pelear contra el propio rey, se pasó al enemigo. Ante ello, las fuerzas de Molón flaquearon y las del rey redoblaron su moral.
- 2 Al comprobar lo que pasaba, Molón, rodeado ya por todas partes, previó los ultrajes a que se vería expuesto si los hombres del rey llegaban a capturarlo vivo, y se suicidó. Los que colaboraban con él en la empresa huyeron también, cada uno a su lugar de origen, pero acabaron de manera no distinta. Neolao logró sobrevivir a la batalla y se fue a Persia, a la casa de Alejandro, hermano también de Molón. Allí degolló a la madre y a los hijos de éste; muertos éstos, se infirió la muerte a sí mismo, no sin antes haber convencido a Alejandro de que hiciera lo propio.
- 6 El rey saqueó el campamento de los enemigos, mandó crucificar el cadáver de Molón y colocarlo en el lugar más visible de toda Media. Los encargados de ello lo hicieron al punto; trasladaron el cadáver a Calonítide<sup>190</sup> y lo crucificaron en las laderas del Zagros. Tras esto, Antíoco hizo objeto de duros reproches a las tropas sublevadas, pero acabó tendiéndoles la mano; nombró a unos oficiales para que las condujeran a Media y, allí, restablecieran la situación. Él bajó personalmente hasta Seleucia y puso en orden las satrapías circundantes, a

<sup>189</sup> Arma tradicional, aunque según los técnicos poco efectiva. Eran unos carros con hoces en sus ejes para matar a los hombres que arrollaban. Cf. JENOFONTE, *Anábasis* I 8, 10.

<sup>190</sup> El distrito de Cala, al E. de Apolonia, encrucijada de caravanas. El monte Zagro es el actual Djebel Tak, en la región de Sarpul. La crucifixión era el castigo infligido a los reos de alta traición.

las que trató con tacto y benignidad. Pero Hermias, 10 duro como siempre de carácter, echó las culpas de todo a los habitantes de Seleucia e impuso una multa de mil talentos a la ciudad; expulsó de ella a la familia de los adiganes<sup>191</sup> e hizo matar a muchos seleucianos, tras amputarles los miembros o inferirles torturas de otro tipo. El rey apaciguó el furor de Hermias y, por otro lado, 11 dispuso de ciertos asuntos según su propio criterio, con lo que al final restituyó la paz y el orden en la plaza; redujo a ciento cincuenta talentos la multa impuesta por culpa de la necedad de aquella villa. Ya todo en 12 regla, dejó a Diógenes como gobernador militar de Media, y a Apolodoro, de Susiana<sup>192</sup>. Envió a Ticón<sup>193</sup>, intendente general del ejército, como comandante de las provincias del Mar Rojo.

Tales fueron la rebelión de Molón, las revueltas que 13 provocó en las satrapías del norte, sofocadas y liquidadas según se ha explicado.

Al rey le exaltó esta victoria 55 conseguida, y quiso intimidar y llenar de pavor a los reyezuelos bárbaros que tenía más allá de sus satrapías, lindando con ellas.

Así evitaría que guerrearan y se pusieran a favor de los que osaran alzarse contra su poder. De modo que

<sup>191</sup> Aquí la lectura es dudosa y los editores se dividen. WALBANK, *Commentary*, ad loc., propone leer «pediganes», apoyado en lecturas de Hesiquio y de la *Suda*. Büttner-Wobst y Paton se deciden por la lectura «adiganes». La duda se extiende a la localización de estos pueblos, distinta, según se adopte una lectura o otra. Cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc., y PÉDECH, *Polybe*, V, pág. 108, nota.

<sup>192</sup> Sobre Diógenes, cf. 46, 7 y nota 167. Este Apolodoro es un personaje muy borroso. Cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc.

<sup>193</sup> Ticón; el cargo era muy importante y debía desempeñarlo una persona que gozara de la confianza absoluta del rey. De ahí que éste le mande a un lugar particularmente difícil.

2 organizó una campaña contra ellos, primero contra  
 Artabazanes <sup>194</sup>. Éste, en efecto, daba la impresión de  
 ser el más fuerte y el más activo de tales reyes; domina-  
 ba a los llamados satrapios y a los pueblos lindantes  
 3 con ellos. En este tiempo Hermias temía una expedi-  
 ción contra las regiones norteñas por los peligros que  
 comportaba, y se interesaba, persistiendo en sus planes  
 4 de siempre, por una campaña contra Ptolomeo. Sin em-  
 bargo, al llegar la noticia de que a Antíoco le había na-  
 cido un hijo, juzgó posible que en la zona nórdica pu-  
 diera pasarle algo al rey a manos de los bárbaros, o  
 incluso que se le presentara a él la ocasión de supri-  
 mirle, y así dio su opinión favorable a la campaña,  
 5 convencido de que si se quitaba de en medio a Antíoco,  
 él ejercería la tutoría del niño, y, en realidad, sería él  
 6 quien detentaría el imperio. Tomados en firme estos  
 acuerdos pasaron el monte Zagro y penetraron en el  
 7 dominio de Artabazanes, situado junto a Media, de la  
 cual lo separa una cadena montañosa. Por el norte al-  
 canza algunas regiones del Ponto, allí donde éste des-  
 ciende hasta el río Fasis <sup>195</sup>; toca también el mar de  
 8 Hircania. Dispone de soldados de a pie vigorosos, en  
 abundancia, y aún más de jinetes; también se basta a  
 9 sí misma en los pertrechos bélicos restantes. Este im-  
 perio perduraba desde los tiempos de los persas, pues  
 desde la época de Alejandro Magno nadie se había fijado  
 10 en él. A Artabazanes le asustó la expedición del rey.  
 Era un hombre ya mayor, casi un viejo, y cedió a las  
 circunstancias: firmó los pactos que a Antíoco le pare-  
 cieron bien.

<sup>194</sup> Gobernador de Atropatene. Cf. 44, 8.

<sup>195</sup> Los antiguos aplicaron este nombre a muchos ríos de la  
 región del Cáucaso, sin que ahí podamos precisar de cuál se  
 trataba.

Se firmó, pues, la paz. El médico Apolófanes <sup>196</sup>, per- 56  
 sona muy estimada por el rey, comprobaba que Hermias  
 no respetaba ningún límite en el ejercicio de su potes-  
 tad, por lo que temía por el rey y, lo que es más, rece-  
 laba y tenía miedo de lo que pudiera pasarle a él mismo.  
 Por esto, aprovechó la primera oportunidad y habló de 2  
 ello con Antíoco: le avisó que no se descuidara y que  
 sospechara de la audacia de Hermias, y que no esperara  
 hasta un punto tal que tuviera que afrontar unos hechos  
 como los que acabaron con su hermano <sup>197</sup>. Insistió en 3  
 la inminencia del peligro y le pidió que tuviera provi-  
 dencia y que se socorriera a sí mismo inmediatamente  
 y a sus amigos. Antíoco confesó, por su parte, que tam- 4  
 bién a él le repugnaba Hermias y que le temía. Le agra-  
 deció muchísimo la solicitud con que se había arriesga-  
 do a hablarle de aquel sujeto, con lo cual Apolófanes 5  
 cobró ánimo, al comprobar que no se había engañado  
 en cuanto a la opinión y a los sentimientos del rey.  
 Antíoco, por su parte, rogó a Apolófanes que colaborara 6  
 no sólo de palabra, sino también de obra, a salvarle a  
 él y a sus amigos. Apolófanes se declaró dispuesto a 7  
 cualquier cosa; convinieron en simular que al rey le  
 sobrevenían mareos. Así que como medida curativa ale-  
 jaron durante algunos días a los que habitualmente  
 despachaban con él. Pero a los cortesanos que deter- 8  
 minaron, les dieron permiso para que se entrevistaran  
 con el rey privadamente, bajo el pretexto de visitarle.  
 En el momento en que ya dispusieron de hombres aptos 9  
 para la acción —todos ellos obedecían por el odio que  
 sentían contra Hermias— procedieron a ejecutar sus  
 planes. Los médicos prescribieron a Antíoco salir a pa- 10  
 sar por la mañana, a tomar el fresco. Hermias acudió

<sup>196</sup> Médico famoso en la antigüedad y maestro de médicos.  
 Probablemente era un *amigo* del rey. Cf. nota 138.

<sup>197</sup> Cf. IV 48, 6-8.

en el momento fijado, y con él, los cortesanos cómplices de lo que se tramaba. Los otros llegaron tarde, porque el rey había salido a tomar el aire mucho antes de la hora acostumbrada. Alejaron a Hermias del campamento a un lugar solitario, y entonces el rey se apartó algo, como para satisfacer cierta necesidad; los otros apuñalaron a Hermias. Así acabó este hombre, quien, a pesar de ello, no sufrió el castigo que sus crímenes hubieran merecido<sup>198</sup>. El rey, libre ya de miedos y de un gran embarazo, alzó el campo y regresó a su país. Todos sus habitantes aprobaban sus acciones y sus proyectos, pero las máximas felicitaciones las recibió, a su paso, por haber suprimido a Hermias. En aquel mismo tiempo, en Apamea, las mujeres mataron a pedradas a la esposa de Hermias, y los niños, a sus hijos.

57 Antíoco llegó a su país y licenció a sus tropas para que pasaran el invierno<sup>199</sup>; al propio tiempo envió legados a Aqueo: le echaba en cara y protestaba, primero, de que hubiera osado ceñirse la diadema y usurpar el título de rey; en segundo lugar, le advertía que no le pasaban desapercibidos sus manejos con Ptolomeo<sup>200</sup>, y que, en general, se movía demasiado. Aqueo, en efecto, aprovechando la ocasión que le ofrecía la campaña del rey contra Artabazanes, convencido de que a Antíoco podía pasarle algo y, aun si no le pasaba nada, confiando que, por lo lejos que el rey se encontraba, se le anticiparía en la invasión de Siria (máxime cuando podía contar con la colaboración de los cirrestes<sup>201</sup>, que habían de-

<sup>198</sup> Esta idea es tópica en Polibio. Sólo a guisa de ejemplo (po. que se da en más lugares), cf. XV 38, 6.

<sup>199</sup> Del año 220/219.

<sup>200</sup> Cf. IV 48, 12, y más abajo 66, 3.

<sup>201</sup> Cf. 50, 8, nota 176. Su situación geográfica era óptima para facilitar una invasión de Siria.

sertado del rey) y podría hacerse rápidamente con todo el reino, partió de Lidia con su ejército íntegro. Llegó a Laodicea de Frigia<sup>202</sup> y allí se ciñó la corona, y se atrevió a usar por primera vez el título de rey y escribir a las ciudades<sup>203</sup>; el que le incitaba más a tales cosas era un desterrado, Garsieris<sup>204</sup>. Avanzó sin detenerse y, cuando estaba ya cerca de Licaonia<sup>205</sup>, las tropas se le sublevaron, pues les parecía que la campaña era ya inicialmente contra su rey legítimo, y no estaban de acuerdo con ello. Aqueo entendió el cambio que habían hecho sus hombres y desistió de su proyecto; con la intención de convencer a sus tropas de que ni inicialmente se había propuesto atacar Siria, dio un giro y devastó Pisidia<sup>206</sup>. Con ello proporcionó grandes lucros a su ejército: todos le demostraron adhesión y confianza, y así regresó a su país.

El rey estaba minuciosamente informado de todo y enviaba continuamente legados a Aqueo, portadores de amenazas, tal como ya se ha dicho; por lo demás, se había entregado de lleno a los preparativos contra Ptolomeo. Al llegar la primavera<sup>207</sup> concentró sus tropas en Apamea y celebró un consejo con su corte para tratar acerca de cómo debía procederse en la invasión de Celsiria. Fueron muchos los que disertaron sobre el tema,

<sup>202</sup> Laodicea de Frigia, fundación de Antíoco II. Antes se había llamado Roas (PLINIO, *Historia Natural* V 105) y, todavía antes, Dióspolis (ciudad de Zeus).

<sup>203</sup> «Escribir a las ciudades» recubre un término técnico griego, «darles órdenes», «imponerles algo». El texto griego evidencia, pues, por sí mismo y claramente el abuso de autoridad por parte de Aqueo.

<sup>204</sup> Un exiliado que se ganó completamente a Aqueo. Cf. 72, 2.

<sup>205</sup> Región central de la meseta de Anatolia.

<sup>206</sup> Región al S. de Licaonia y de Frigia, y al N. de Panfilia.

<sup>207</sup> Del año 219.

acerca de los parajes, del aprovisionamiento y de la ayuda que se podía esperar de las fuerzas navales. Pero Apolófanes, hombre ya mencionado más arriba, que había nacido en Seleucia<sup>208</sup>, atajó radicalmente todas las opiniones expuestas. Explicó que era una necedad interesarse tanto por Celesiria y organizar una expedición contra ella, y no pensar en Seleucia, dominada entonces por Ptolomeo. Se trataba de una capital y casi era, por así decir, el hogar de la dinastía seléucida. Además del deshonor que representaba para la realeza el hecho de que actualmente los reyes de Egipto mantuvieran en ella una guarnición, la plaza ofrecía grandes y muy considerables ventajas prácticas. Mientras estuviera en poder del enemigo sería un obstáculo enorme para todas las operaciones, porque fuera cual fuera el lugar que pensarán invadir, necesitarían proveer a la defensa de su propio país en grado no menor a los preparativos contra el enemigo, y ello, debido al temor que les infundía esta ciudad; en cambio, si la dominaban, añadió, no sólo estarían en situación de defender sin peligros su propia patria, sino que además el emplazamiento tan estratégico de esta ciudad les representaría un gran apoyo para sus planes y proyectos, tanto navales como terrestres. Estas palabras convencieron a todos, y se acordó proceder antes que a nada a la conquista de la ciudad. Seleucia estaba ocupada, todavía entonces, por una guarnición de los reyes de Egipto desde la época de Ptolomeo el llamado Evérgetes, pues el asesinato de Berenice hizo montar en cólera al rey egipcio, quien marchó contra Siria y se apoderó de esta ciudad<sup>209</sup>.

<sup>208</sup> Esta Seleucia no es ninguna de las citadas; cf. notas 142 y 158, sino Seleucia de Pieria, puerto natural de Antioquía. Sobre las vicisitudes que sufrió, cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc.

<sup>209</sup> Berenice, hija de Ptolomeo II Filadelfo, se había casado

Estas fueron las decisiones. Antíoco ordenó al almirante Diogneto<sup>210</sup> que zarpara en dirección a Seleucia; él partió de Apamea con su ejército y, cuando estaba aproximadamente a cinco estadios de la ciudad, acampó junto a su hipódromo. Además, envió a Teodoto<sup>211</sup> Hemiolio<sup>211</sup> con una fuerza suficiente al país de Celesiria, para que ocupara los desfiladeros y le protegiera desde ellos las operaciones.

La situación de Seleucia y la disposición natural de los parajes que la rodean es la siguiente: está junto al mar, entre Cilicia y Fenicia, al pie de una montaña enorme llamada el Corifeo<sup>212</sup>. En su ladera occidental este monte está bañado por un extremo del mar que se extiende entre Chipre y Fenicia; en sus vertientes orientales domina el país de Antioquía y de Seleucia. La ciudad, pues, está emplazada en su vertiente meridional, pero separada de él por un barranco profundo y de paso difícil<sup>213</sup>. La población descende hacia el mar describiendo vagamente un arco; la rodean por casi todas partes precipicios y rocas abruptas. La parte que toca al mar es llana: en ella se encuentra el puerto

con Antíoco II (Seléucida) en 252 a. C., que había repudiado a su primera esposa Laódice. Al morir Antíoco, las dos mujeres se disputaron su reino, y la guarnición de Seleucia se declaró a favor de Berenice. Ptolomeo III Evérgetes se dirigió a Seleucia a apoyar a su hermana, pero, cuando llegó a la ciudad, Berenice había sido asesinada. El egipcio se anexionó parte del reino seléucida.

<sup>210</sup> Cf. 43, 1.

<sup>211</sup> Cf. nota 140.

<sup>212</sup> Se trata de la estribación sur del monte Amano. En esta colina había un templo dedicado a Zeus Corifeo. Polibio es aquí algo exagerado; la colina tiene unos 700 metros de altitud.

<sup>213</sup> La interpretación del griego aquí no es absolutamente clara. Puede significar también que la misma ciudad está dividida en dos, porque el barranco pasa por en medio de ella. Pero, con WALBANK, *Commentary*, ad loc., prefiero la interpretación reflejada en el texto.

comercial y los suburbios, fuertemente fortificados. 8 Iguualmente el conjunto de la ciudad está asegurado por muros muy costosos y lo exornan con magnificencia 9 templos y palacios suntuosos. Por el lado del mar sólo tiene un acceso escalonado y artificial, cortado continuamente por curvas y cuevas en zigzag. El río llamado 10 Orontes desemboca no lejos de Seleucia; tiene sus fuentes en la región del Líbano y del Antilíbano, atraviesa la llanura denominada Amice <sup>214</sup> y, por ella, llega 11 hasta Antioquía. Fluye por el centro de ella; el gran caudal de su corriente arrastra los desperdicios domésticos; acaba desembocando cerca de Seleucia, en el mar ya citado.

60 Antíoco empezó enviando mensajeros a los comandantes de la plaza: les ofrecía dinero y les formulaba muchas promesas, bajo la condición de tomar Seleucia 2 sin lucha. Fracasado su intento de convencer a los generales, logró, con todo, sobornar algunos oficiales de rango inferior; apoyado en ellos dispuso sus fuerzas; su propósito era atacar por mar con su escuadra, y por tierra, con los soldados que tenía en el campamento. 3 Dividió sus tropas en tres cuerpos de ejército, los arregló con palabras adecuadas al momento y prometió recompensas magníficas y coronas para los hombres, tanto soldados rasos como oficiales, que se distinguieran por su bravura. Asignó a Zeuxis y a sus hombres el paraje de la puerta de la ruta de Antioquía; a Hermógenes, el lugar llamado Dioscurio; a Ardis y a Diogneto les encargó el ataque a las atarazanas y al suburbio: 5 con los cómplices de dentro de la ciudad se había acordado que si lograba conquistarlo por la fuerza, le entregarían ya la plaza sin más lucha. Dada la señal, se 6 inició violentamente un duro ataque desde todas partes;

<sup>214</sup> Antíoco la hará llamar, según su nombre, «llanura antioquena»; actualmente se llama El-Amq.

con todo, el asalto más audaz lo realizaban los hombres de Ardis y de Diogneto. Por los otros lugares los atacantes sólo lograban avanzar, por decirlo así, a gatas 7 y no conseguían efectuar el asalto, porque no podían aplicar las escaleras; en cambio, en el suburbio y en las atarazanas se podían acercar, alzar y aplicarlas sin riesgo alguno. Así que las fuerzas de marinería apoyaron 8 las escaleras a las atarazanas, los hombres de Ardis hicieron lo propio en el suburbio, y atacaron con denuevo. Los de la ciudad no podían acudir a defender adecuadamente estos lugares, porque el peligro se les echaba encima por todas partes; los soldados de Ardis conquistaron rápidamente el arrabal. Tomado éste, los 9 oficiales sobornados corrieron al encuentro de Leontio, el jefe supremo, y le dijeron que creían indispensable enviar legados a Antíoco antes de que la ciudad cayera por la fuerza. Leontio desconocía que aquellos oficiales 10 habían sido sobornados, se alarmó ante su consternación y envió legados a Antíoco para que trataran de la seguridad de todos los ciudadanos.

El rey aceptó la demanda y se acordaron seguridades 61 de todas clases a los hombres libres: eran aproximadamente seis mil. Entró en la ciudad y no sólo respetó 2 a los hombres libres, sino que llamó a los desterrados de Seleucia y les restituyó sus haciendas y el derecho de ciudadanía. Luego aseguró con una guarnición el puerto y la ciudadela.

El rey estaba ocupado todavía 3 en tales quehaceres cuando le llegó una carta de Teodoto, en la que le llamaba con urgencia: quería poner en sus manos Celestiria. Esto llenó a Antíoco de perplejidad y de indecisión sobre lo que debía hacer y cómo debía interpretar tales proposiciones. Teodoto era etolio de linaje, había 4 prestado, tal como expuse más arriba, grandes servicios

*Defección de Teodoto.  
Antíoco conquista  
Celestiria*

al reino de Ptolomeo, los cuales no sólo no le fueron agradecidos, sino que incluso llegó a peligrar su vida con ocasión de la campaña de Antíoco contra Molón. 5 Entonces odiaba al rey egipcio y no se fiaba en nada de sus cortesanos, por lo que ocupó, él personalmente, Ptolemaida<sup>215</sup>, hizo que Panétolo<sup>216</sup> conquistara Tiro 6 y llamaba a Antíoco con gran empeño. Este rey dejó para más tarde sus planes contra Aqueo, puso de lado todos los demás asuntos, levantó el campo con su ejército y repitió la marcha que ya hiciera otra vez<sup>217</sup>. 7 Atravesó el barranco denominado Marsias, acampó no lejos del desfiladero de Guerra<sup>218</sup>, junto al lago que hay 8 entre los montes. Allí fue informado de que Nicolao<sup>219</sup>, un general de Ptolomeo, estaba junto a Ptolemaida y asediaba a Teodoto. Dejó su infantería pesada, tras ordenar previamente a sus jefes que cercaran a Brocos, el país situado encima del lago y del paso del desfiladero; él recogió su infantería ligera y avanzó con la 9 intención de romper el asedio. Pero Nicolao, sabedor de la presencia del rey, ya se había retirado y había enviado tropas al mando de Lágoras el cretense y de Dorímeno, el etolio, para que se anticiparan y ocuparan 10 los desfiladeros de Berito<sup>220</sup>. En su marcha, Antíoco

<sup>215</sup> Ptolemaida, al S. de Tiro, era la fenicia Ake y hoy, San Juan de Acre, ciudad famosa por el papel que desempeñó en las Cruzadas.

<sup>216</sup> El nombre parece indicar que se trataba de un etolio, compañero de Teodoto en este caso. Después pasó al servicio de Antíoco (68, 8) y participó en la campaña oriental (X 49, 11-12).

<sup>217</sup> Cf. 45, 8-46, 4.

<sup>218</sup> El paso de Guerra está entre Guerra y Broquis, cf. nota 164.

<sup>219</sup> Un general etolio que desertó, al igual que, más tarde, Lágoras (VII 15-18). Pero Lágoras era cretense.

<sup>220</sup> Berito, la actual Beirut. Los desfiladeros de que aquí se habla son los que atraviesan la cordillera del Líbano.

entró en combate contra estos hombres, les puso en fuga y acampó en la misma cañada.

Allí se le reunió el resto de su ejército, al que aren- 62  
gó con palabras adecuadas a sus proyectos, tras lo cual  
avanzó con todas sus tropas; tenía la moral alta y las  
perspectivas que se ofrecían le llenaban de entusiasmo.  
Teodoto, Panétolo y sus hombres le salieron al encuen- 2  
tro y Antíoco les acogió amablemente; ocupó Tiro y  
Ptolemaida, y se apoderó de los pertrechos que había  
en ellas. También, de cuarenta naves, veinte de ellas 3  
ponteadas, que sobresalían por sus aparejos. Estas vein-  
te disponían de cuatro hileras de remos; las restantes  
tenían tres, o dos, o una<sup>221</sup>. Todas ellas fueron confia- 4  
das al almirante Diogneto. Informado de que Ptolomeo  
había llegado a Menfis y de que todas sus tropas se ha-  
bían concentrado en Pelusio<sup>222</sup>, de que además abría  
los canales del Nilo y cegaba los pozos de agua potable,  
renunció a un ataque a Pelusio e hizo una marcha para 5

<sup>221</sup> Las segundas naves citadas no responden a ningún tipo clásico de las conocidas en el mundo antiguo. El término *dikroton* viene explicado por el *Greek-English Dictionary* de LIDDELL-SCOTT como «ship with only two banks of oars manned», interpretación que se repite en el *Griechisch-Deutsches Wörterbuch* de PAPE, este último oponiéndolo a un tipo de barco llamado *monókroton*. Pero esto es muy genérico y plantea algunos problemas: ¿la disposición de los remeros era horizontal o vertical? Esto decide su número y, por consiguiente, su velocidad de crucero. WALBANK, *Commentary*, ad loc., se decide por dos hileras de remeros paralelas y horizontales a babor y a estribor, mientras que ΠΕΥΚΑ, *Polybe*, V, pág. 118, en nota, deja la cuestión abierta. Lo que sí parece indiscutible es que estas naves eran de calado notoriamente inferior a las trirremes. En cambio, el último tipo de nave citado es bien conocido: es una falúa rápida que servía para transportar oficiales o para trasladar órdenes.

<sup>222</sup> Pelusio: plaza fuerte fronteriza en el brazo más oriental del delta del Nilo. En tiempos ya cristianos adquiriría fama por haber sido obispo de ella el Padre griego Isidoro Pelusiota.

hacerse suyas las ciudades, unas por la fuerza, otras  
6 por la persuasión. Las más pequeñas temieron su expedición y se le entregaron; las restantes, confiadas en sus preparativos y en que estaban emplazadas en lugares escabrosos, resistieron. Antíoco las rindió mediante asedio, lo que le llevó algún tiempo.

7 Ptolomeo y su corte hubieran debido correr sin dilación a defender sus dominios, atacados con un desprecio tan evidente de los tratados, pero era gente tan incapaz<sup>223</sup> que no podían ni siquiera concebir un plan:  
8 hasta tal punto habían descuidado todo lo que afecta a preparativos militares.

63 Agatocles y Sosibio<sup>224</sup> eran, por aquel entonces, los ministros principales del rey y tomaron la única decisión posible en aquellas circunstancias. En efecto, determinaron hacer los debidos preparativos para aquella guerra, pero simultáneamente, enviar embajadores que paralizaran a Antíoco, confirmandole en la opinión que  
3 ya anteriormente tenía acerca de Ptolomeo. Antíoco pensaba, en efecto, que Ptolomeo no se atrevería a ir a la guerra, sino que por medio de negociaciones llevadas a cabo por amigos intentaría convencerle para que  
4 abandonara Celesiria. Éstas fueron, pues, las decisiones tomadas; Agatocles y Sosibio fueron los encargados de ejecutarlas y despacharon prestamente una embajada a  
5 Antíoco, al tiempo que enviaban otras a los rodios y a los bizantinos, a los de Cízico y a los etolios, de quienes lograron que remitieran también legados para tratar de  
6 una tregua. La llegada de estas delegaciones y sus idas y venidas como embajadoras delante de ambos reyes

<sup>223</sup> Aquí el texto griego admite, alternativamente, otra traducción: «pero faltos de potencia militar». Así Paton.

<sup>224</sup> Sobre Sosibio, cf. 35, 7; Agatocles es el protagonista del melodramático final del libro XV.

proporcionaron a Sosibio y a Agatocles grandes facilidades para ganar tiempo, la demora que exigían los preparativos bélicos. Se habían establecido en Menfis, tra-  
7 taban continuamente con estas embajadas y recibían al propio tiempo las de Antíoco; las entrevistas se desarrollaban con suma cordialidad.

Pero a la vez convocaron y concentraron en Alejand-  
8 ría a los mercenarios que tenían a sueldo en las ciudades exteriores. Enviaron agentes a reclutar más tropas  
9 y dispusieron provisiones para las que ya tenían y para las que les iban llegando. Con celo no menor atendían  
10 al resto de los preparativos; acudían continuamente y por turno, a Alejandria, para que no fallaran en nada los suministros necesarios con vistas a sus planes. Con-  
11 fiaron la fabricación de las armas y el reclutamiento y selección de soldados a Equécrates de Tesalia y a Fóxidas de Mélite, con quienes colaboraron Eurfiloco de  
12 Magnesia y Sócrates el beocio; se contó, incluso, con Cnopias de Alaria. La elección de estos hombres cons-  
13 tituyó de verdad un gran acierto: habían participado en campañas con Demetrio y Antígono, tenían un gran  
sentido de la realidad y, en general, de lo que exige una  
14 campaña. Estos oficiales, pues, se hicieron cargo de aquel cúmulo de tropas, que entrenaban militarmente en la medida en que podían.

Primero, las distribuyeron por países y edades y en-  
64 tregaron a cada hombre el armamento adecuado; desecharon totalmente las armas usadas hasta entonces. Después, formaron a estas tropas de manera apropiada  
2 a las necesidades del momento; para ello, disolvieron los cuerpos antiguos, formados según las listas de los pagadores. Inmediatamente comenzaron los ejercicios:  
3 habituaban a los soldados a obedecer las órdenes de mando y les adiestraban en el manejo correcto del armamento. Finalmente, reunían a los hombres en armas  
4 y les arengaban; en este punto fueron de la máxima uti-



lidad Andrómaco de Aspendo y Polícrates de Argos <sup>225</sup>.

5 Estos dos hombres, recién llegados de Grecia, estaban verdaderamente poseídos de un ardor griego y de gran destreza para cualquier eventualidad. Además, sobre-  
6 salían por sus familias y por sus riquezas, en mayor grado Polícrates, por la antigüedad de su familia y por la gloria adquirida por su padre Mnesíadas en los jue-  
7 gos deportivos. Ambos, pues, en exhortaciones tanto públicas como privadas, infundían coraje y denuedo a sus hombres ante la lucha que se avecinaba.

65 Cada uno de los jefes citados ejercía un mando ade-  
2 cuado a sus aptitudes. Así pues, Euríloco de Magnesia mandaba unos tres mil hombres que formaban el cuerpo llamado de la guardia real. Sócrates el beocio estaba  
3 al frente de dos mil peltastas. Fóxidas el aqueo <sup>226</sup> y Ptolomeo de Trasos, y con ellos Andrómaco de Aspendo adiestraban en el mismo campo <sup>227</sup> a la falange y los  
4 mercenarios griegos; a la cabeza de la falange estaban Andrómaco y Ptolomeo, a la de los mercenarios, Fóxi-  
5 das; la falange constaba de unos veinticinco mil hom-  
6 bres; los mercenarios eran unos ocho mil. La caballería de palacio <sup>228</sup>, unos setecientos hombres, la instruía Polí-  
7 crates, que hacía lo propio con la africana y la de los nativos; en total mandaba unos tres mil hombres. Equé-  
crates el tesalio había entrenado muy eficazmente al contingente griego y al cuerpo de caballería mercena-  
ria, en total unos dos mil hombres, y dio un gran ren-  
7 dimiento en el momento de la batalla. Pero nadie superó

<sup>225</sup> Para Polícrates, véase XV 29, 10 y XVIII 55, 6; fue gobernador de Chipre del 202 al 197. De Andrómaco no se sabe nada.

<sup>226</sup> Fóxidas de Mélite era un aqueo de Ftiótide.

<sup>227</sup> La expresión griega es muy vaga y no todos la interpretan igual. Pédech traduce «con la misma táctica» y Paton, «como una sola unidad».

<sup>228</sup> Esta expresión sale únicamente aquí y no se ve claramente qué significa; seguramente, unas tropas de élite.

en el esfuerzo de ejercitar a sus hombres a Cnopias el alariota, que mandaba el contingente de cretenses, unos tres mil hombres; entre ellos había mil neocretenses <sup>229</sup> al mando de Filón de Cnosos. Armaron a tres mil africa-  
8 nos a la manera macedonia; los mandaba Ammonio de Barca. El cuerpo de ejército egipcio constaba de veinte  
9 mil soldados de la falange, a las órdenes de Sosibio. Además habían reunido un conglomerado de tracios y  
10 de galos, unos cuatro mil, instalados e instruidos en el país, y otros recién reclutados, unos dos mil, todos, al mando de Dionisio de Tracia.

Éste era, pues, el ejército que adiestraba Ptolomeo; <sup>11</sup> el número de sus hombres era el indicado, así como la naturaleza de su armamento.

Antíoco había cercado la ciudad <sup>66</sup> llamada Dura <sup>230</sup>, pero no lograba nada, por lo abrupto del terreno y también por los socorros que la plaza recibía de Nicolao. Llegó <sup>2</sup>

el invierno <sup>231</sup> y consintió en pactar con los embajadores de Ptolomeo una tregua de cuatro meses; en conjunto condescendió a unas condiciones más humanas. Esto <sup>3</sup> es lo que hizo, lo cual distaba mucho de su verdadera intención; su interés radicaba en no estar mucho tiempo fuera de su propio país; sus tropas hibernarían en Seleucia, pues era cosa clara que Aqueo conspiraba abiertamente contra sus intereses y que favorecía sin disimulos de ninguna clase a los de Ptolomeo. Fijados <sup>4</sup> tales acuerdos, Antíoco remitió a los embajadores con el ruego de que le precisaran, a la mayor brevedad posible, las intenciones de Ptolomeo y que acudieran de nuevo a su encuentro, en Seleucia. Dejó guarniciones <sup>5</sup>

<sup>229</sup> Cf. nota 19.

<sup>230</sup> Pequeña localidad judía al S. del monte Carmelo.

<sup>231</sup> Del año 219/218.

suficientes en cada lugar, confió a Teodoto el gobierno general y partió. Llegó a Seleucia y licenció a sus tropas para que pasaran el invierno. Y desde entonces ya no se preocupó de ejercitarlas, convencido de que el problema no se resolvería por una batalla: ciertas partes de Fenicia y Celesiria ya las controlaba, y esperaba tomar las restantes, que se avendrían a ello mediante negociaciones. Realmente, Antíoco pensaba que Ptolomeo no llegaría, en absoluto, a librar una batalla decisiva. Y lo mismo pensaban sus embajadores, puesto que Sosibio, que había fijado su residencia en Menfis, conducía las negociaciones con suma cordialidad, y, por otro lado, evitó siempre que los legados remitidos a Antíoco pudieran ver los preparativos bélicos que se hacían en Alejandría.

67 Pero cuando los embajadores se le presentaron aún otra vez, Sosibio ya lo tenía dispuesto todo. Antíoco, por su parte, siempre que se entrevistaba con los enviados, ponía el máximo empeño en demostrar su superioridad no sólo militar, sino también en lo concerniente a su causa, que era más justa que la de los alejandrinos. Cuando los embajadores acudieron a Seleucia, siguieron las instrucciones de Sosibio y se avinieron a discutir separadamente cada una de las cláusulas del tratado. El rey negaba que jurídicamente fuera una ilegalidad el atentado<sup>232</sup> cometido y la aparente injusticia que representaba su ocupación actual de Celesiria: esta acción no debía en modo alguno ser reputada contraria a derecho, pues se limitaba a reclamar unos territorios que ya le correspondían. Afirmaba, en efecto, que la primera conquista de Celesiria, por parte de Antígono el Tuerto, y su posterior administración por parte de Seleuco<sup>233</sup> eran títulos de propiedad justísimos y supre-

<sup>232</sup> Quizás debiera traducirse «el daño inferido».

<sup>233</sup> Seleuco I, fundador de la dinastía Seléucida.

mos, por los cuales dicho país le correspondía a él y no a Ptolomeo. Ptolomeo había hecho la guerra a Antígono sin buscar un provecho propio, sino para entregar a Seleuco el dominio del país en cuestión. Pero su argumento más contundente era el común acuerdo de los reyes tras su victoria sobre Antígono: en su deliberación coincidieron los tres a la vez, Casandro, Lisímaco y Seleuco, en que Siria correspondería íntegramente a este último<sup>234</sup>. Los embajadores de Ptolomeo procuraban defender la tesis contraria: subrayaban la injusticia presente y afirmaban que lo sucedido era una enormidad: consideraban que la traición de Teodoto y la invasión de Antíoco significaban una violación de los tratados. Aducían como prueba la ocupación por Ptolomeo Lágida y alegaban que este Ptolomeo había prestado ayuda a Seleuco en la guerra bajo la condición de conferirle el dominio de toda el Asia, pero reservándose para él Celesiria y Fenicia. Estos argumentos y otros semejantes fueron repetidos muchas veces por los dos bandos en las entrevistas de las negociaciones, y al final no sacaron nada en limpio, porque los tratos los sostenían amigos de los dos monarcas y no había allí un mediador capaz de refrenar e impedir la predisposición manifiesta a transgredir los límites de la justicia. La máxima dificultad para ambos bandos la constituía Aqueo, pues Ptolomeo pretendía incluirle en los pactos, mientras que Antíoco no quería ni oír hablar de ello: juzgaba escandaloso que Ptolomeo diera protección a los rebeldes, y aún más que se hiciera mención de un tipo de éstos.

<sup>234</sup> Después de la batalla de Iso (301 a. C.).

68

*Reanudación de la guerra de Celesiria. Batalla de Plátano. Toma de Rabatámana*

Así pues, los dos bandos se hartaron de enviarse mutuamente unas embajadas que no adelantaban ni un paso hacia un tratado.

Llegó la primavera y Antíoco con-

centró sus fuerzas con la intención de invadir por mar y por tierra Celesiria y conquistar las partes restantes de esta provincia. Ptolomeo confió el mando supremo a Nicolao, proveyó de suministros en abundancia la región de Gaza<sup>235</sup> y envió fuerzas terrestres y marítimas. Con estos refuerzos Nicolao reanudó animosamente las hostilidades, presto a ejecutar cualquier orden, pues contaba con la colaboración del almirante Perígenes, colocado por Ptolomeo al mando de una armada que constaba de treinta naves ponteadas y más de cuatrocientas unidades de transporte. Nicolao era de linaje etolio y, por lo que se refiere a la guerra, no cedía, ni en empuje ni en coraje ante nadie de los que militaban en el bando de Ptolomeo. Se anticipó a ocupar con parte de su ejército el desfiladero de Plátano<sup>236</sup> y, con el resto, mandado personalmente por él, la ciudad de Porfirea<sup>237</sup>; por aquí vigilaba la penetración del rey, al tiempo que su armada había fondeado no muy lejos.

Antíoco llegó hasta Márato<sup>238</sup> y allí se le presentó una delegación de los aradios para tratar de una alianza. Antíoco no sólo la aceptó, sino que compuso unas antiguas diferencias surgidas entre ellos y reconcilió a los aradios insulares con los del continente. Inmediatamente entró en territorio adversario por el lugar llama-

<sup>235</sup> Estamos en territorio bíblico. Gaza está a unos 10 km. del mar, al SO. de Jerusalén, territorio que hoy se disputan Siria e Israel.

<sup>236</sup> Está casi en la costa, entre Beirut y Sidón.

<sup>237</sup> Al S. del paso de Plátano.

<sup>238</sup> Ciudad al N. de Fenicia, a la altura de Arato, población situada en una isla a tres kilómetros de la costa.

do Teoprosopo<sup>239</sup> y se presentó en Berito; durante su marcha había ocupado Botris<sup>240</sup> y había incendiado Triere<sup>241</sup> y Cálamo<sup>242</sup>. Desde allí envió por delante a Nicarco y a Teodoto con la orden de apoderarse de los pasos angostos que se encuentran junto al río llamado Lico; él tomó el grueso del ejército, avanzó y acampó junto al río Damuras<sup>243</sup>; el almirante Diogneto navegaba siempre paralelamente a su avance. Allí se reunió con la infantería ligera de su ejército mandada por Teodoto y Nicarco, y partió para reconocer los terrenos abruptos ocupados de antemano por Nicolao. Comprobó las peculiaridades de aquellos parajes y, de momento, se retiró a su campamento; al día siguiente dejó en él a la infantería pesada al mando de Nicarco, y él avanzó, con el resto de sus tropas, para ejecutar sus planes.

En este lugar los contrafuertes de la cordillera del Líbano reducen la zona costera a un espacio angosto y muy limitado, obstruido además por densos matorrales, por lo cual el único paso, junto al mar, es estrecho y difícil. Éste era precisamente el lugar en el que Nicolao había tomado posiciones: había ocupado estos reductos con el grueso de sus tropas y había asegurado otros con fortificaciones hechas a mano; tenía la convicción absoluta de que impediría fácilmente la invasión de Antíoco. El rey dividió su ejército en tres cuerpos. El primero, lo puso al mando de Teodoto, con la orden de atacar y de forzar el paso por los mismos contrafuer-

<sup>239</sup> Actualmente, cabo Ras es Saqa, antiguo fenicio: *Penuel*, traducido literalmente al griego: *Theoprosopon* (= rostro de Dios).

<sup>240</sup> Botris: al S. del cabo citado en la nota anterior, hoy Batroun.

<sup>241</sup> Al N. del cabo Theoprosopon, actualmente Heri.

<sup>242</sup> Al N. de Triere. Estas tres últimas plazas eran, más bien, fortines militares.

<sup>243</sup> El río Lico es el actual Nahr el Kelb, al N. de Beirut. El Damuras fluye entre Beirut y Sidón.

4 tes del Líbano. El segundo cuerpo lo confió a Menedemo<sup>244</sup>, instándole con vehemencia que intentara abrirse  
5 camino por la zona de los matorrales. Apostó junto al mar al tercer cuerpo de ejército, acaudillado por Diocles, el general de Parapotamia<sup>245</sup>. Él se quedó en el  
6 centro, con su escolta<sup>246</sup>: quería abarcarlo todo con la vista, e ir a prestar apoyo allí donde hiciera falta. Al  
7 mismo tiempo, Diogneto y Perígenes, ya dispuestos, se aprestaban a una batalla naval; se aproximaban lo más  
8 posible a tierra; intentaban que la refriega terrestre y el combate por mar ofrecieran un solo frente. Se hizo  
9 una única señal y se dio una sola orden; todos se lanzaron al ataque. La batalla naval en su inicio se mantenía indecisa, porque el número de naves y los aparejos  
10 eran sensiblemente iguales en ambas escuadras. En cuanto a la liza terrestre, primero llevaban ventaja las fuerzas de Nicolao, apoyadas en la aspereza del terreno. Pero, pronto, Teodoto y sus hombres hicieron retroceder a los defensores del contrafuerte y atacaron, desde posiciones más elevadas, al grueso del ejército enemigo. Los soldados de Nicolao volvieron la espalda y huyeron,  
11 todos, a la desbandada. En la fuga murieron unos dos mil y otros cayeron prisioneros, en número no inferior.  
12 Todos los restantes lograron replegarse a Sidón. Perígenes, que en la batalla naval tenía mejores perspectivas, cuando vio la derrota de los suyos por tierra dio la vuelta y se retiró sin peligro alguno a sus bases.

70 Antíoco tomó sus tropas, llegó a las cercanías de Sidón<sup>247</sup> y plantó allí su campamento. Pero renunció a tantear la ciudad: ésta poseía recursos abundantes y

<sup>244</sup> Menedemo de Alabanda, comandante de un cuerpo de tropas ligeras en la batalla de Rafia (cf. 79, 6; 82, 11).

<sup>245</sup> Cf. nota 172.

<sup>246</sup> IV 87, 5.

<sup>247</sup> Sidón era la capital de Fenicia en tiempos del imperio persa.

una gran masa de hombres, tanto de habitantes propiamente dichos como de refugiados allí. Tomó su ejército e hizo una marcha en dirección a Filoteria<sup>248</sup>, y ordenó a Diogneto, su almirante, que regresara a Tiro con su flota. Filoteria está en la orilla misma del lago  
4 en el que entra el río llamado Jordán, para volver a salir hacia la llanura de la villa llamada Escitópolis. Se apoderó, mediante negociaciones de las dos ciudades  
5 mencionadas, con lo cual cobró ánimo para las empresas inminentes, porque los territorios controlados desde ambas poblaciones podían abastecer fácilmente a su ejército y proporcionarle en abundancia lo necesario para su campaña. Aseguró ambas plazas por medio de  
6 guarniciones, rebasó los terrenos montañosos y alcanzó Atabirio<sup>249</sup>, que está encima de una loma que tiene forma de pecho: su ascensión exige un recorrido de más de quince estadios. Aquí fue mediante una emboscada  
7 y una estratagema como se apoderó de la ciudad; en efecto: provocó a los defensores de la plaza a una escaramuza, e hizo bajar excesivamente a los enemigos que combatían a vanguardia; los que fingían huir se  
8 revolieron, y otros hombres que se habían emboscado se lanzaron a su vez al asalto y mataron a muchos contrarios. Al cabo, acosó al enemigo desfavorido y en el  
9 ataque logró conquistar la ciudad. Fue en esta ocasión cuando se le pasó Quereas, uno de los oficiales<sup>250</sup> a las

<sup>248</sup> Filoteria quizás sea la Tiberíades bíblica; con toda certeza estaba a orillas del lago de Galilea; Escitópolis estaba en la orilla derecha del Jordán, un poco más al S.

<sup>249</sup> Con toda certeza, el monte Tabor bíblico, al SE. del lago de Galilea. El nombre es el del monte y el de una población que está a sus pies.

<sup>250</sup> La palabra traducida aquí por «oficial» puede tomarse en griego como un participio (la traducción recoge este sentido), o bien como nombre propio, Hiparco, en cuyo caso la traducción sería «y se le pasó Quereas Hiparco, que antes estaba a las

órdenes de Ptolomeo. Antíoco le trató con magnificen-  
 11 cia y, así, sedujo a muchos oficiales enemigos, pues no  
 mucho más tarde, también se le presentó Hipóloco el  
 tesalio con cuatrocientos jinetes del contingente de Pto-  
 12 lomeo. Asegurada la plaza de Atabirio, Antíoco levantó  
 el campo, avanzó y se le rindieron las ciudades de Pe-  
 lla<sup>251</sup>, de Camún y de Guefrún.

71 Ante los éxitos alcanzados, los habitantes de Arabia,  
 región colindante, se aconsejaron mutuamente y se pa-  
 2 saron todos de golpe a Antíoco. Contra lo que ellos es-  
 peraban, éste aceptó incluso sus suministros y avanzó.  
 Llegó a Gálatis<sup>252</sup>, donde venció a los ábilos y a los que  
 les prestaban ayuda; a estos últimos les mandaba Ni-  
 3 cias, un pariente próximo de Meneas. Quedaba todavía  
 Gádara<sup>253</sup>, plaza que, seguramente, en aquellos lugares,  
 sobresale por sus fortificaciones. Pero Antíoco acampó  
 junto a ellas, las batió con sus máquinas, aterró rápida-  
 mente a los defensores y conquistó la ciudad.

4 Luego fue informado de que una gran cantidad de  
 enemigos se había concentrado en Rabatámana<sup>254</sup> de  
 Arabia; recorrían y devastaban el país de los árabes  
 que se le habían pasado. Lo dejó todo, se dirigió hacia  
 un otero, junto al cual está emplazada la ciudad, y es-  
 5 tableció allí su campamento. Dio un rodeo para explo-  
 rar la colina; comprobó que la ciudad era accesible  
 sólo por dos puntos. Efectuó una aproximación hacia

órdenes de Ptolomeo». La primera traducción, la del texto,  
 parece más lógica.

<sup>251</sup> Pella estaba en la orilla derecha del Jordán, a 32 km. del  
 lago de Genesaret. Camún no sabemos donde estaba. Guefrún es  
 la ciudad de Efrón del *Libro I de los Macabeos* 5, 46.

<sup>252</sup> Es la Galaad de la Biblia (cf.  *Génesis* 31, 25). Está a la  
 derecha del Jordán, en territorio actualmente jordano.

<sup>253</sup> Ciudad de la Decápolis bíblica.

<sup>254</sup> Es la actual Ammán, capital del reino de Jordania. Para  
 los griegos, Arabia comprendía el desierto de Siria, hasta el  
 Eufrates.

ellos y montó sus máquinas de guerra en estos parajes.  
 Confió el cuidado de las obras, en parte, a Nicarco y, 6  
 en parte, a Teodoto; se reservó para sí la dirección  
 general y observaba el celo que cada uno de los dos  
 mostraba en sus operaciones. Ambos oficiales ponían el 7  
 máximo empeño en su tarea y rivalizaban continuamente  
 acerca de quién sería el primero en abatir el lienzo de  
 muralla que tenía delante de sus obras; al cabo de muy  
 poco tiempo sucedió, inesperadamente, que se derrum-  
 baron los dos a la vez. Logrado esto, lanzaron violentos 8  
 ataques, de noche y de día, sin descuidar ninguna oportu-  
 nidad. Las arremetidas contra la plaza eran conti- 9  
 nuas, mas todas las intenciones fracasaban debido al  
 gran número de hombres que se habían refugiado en  
 la ciudad. Pero un prisionero les señaló el subterráneo  
 por el cual los asediados bajaban a aprovisionarse de  
 agua. Los de Antíoco lo hundieron y lo obstruyeron con  
 piedras y maderas y otros materiales por el estilo. Ante 10  
 la falta de agua, los de la ciudad cedieron y se entre-  
 garon. Así fue la conquista de Rabatámana; Antíoco  
 dejó en ella a Nicarco con una guarnición suficiente y  
 envió a Samaria<sup>255</sup> a Hipóloco y a Quereas, los oficiales  
 que se le habían pasado, al mando de cinco mil hom-  
 bres de a pie, con la orden de organizar la defensa y  
 velar por la seguridad de aquellos súbditos. Y levantó  
 el campo en dirección a Ptolemaida, pues había deci-  
 dido hacer hibernar allí a sus tropas.

En aquel mismo verano los 72  
 habitantes de Pedneliso<sup>256</sup>, cer-  
 cados por los selgueos, corrían  
 grave peligro y mandaron legados  
 a Aqueo en demanda de ayuda.

Aqueo les atendió gustoso y los pedneliseos soportaban 2

<sup>255</sup> La región bíblica entre Judea y Galilea.

<sup>256</sup> Ciudad de Pisidia cuyo emplazamiento ignoramos. Tam-

con moral el asedio, reconfortados por la esperanza de ayuda. Aqueo eligió a Garsieris<sup>257</sup> y le mandó a la cabeza de seis mil soldados de infantería y de quinientos jinetes, empeñado en socorrer a los pedneliseos. Los selgueos, por su parte, sabedores de la presencia de esta tropa de socorro, se adelantaron a ocupar, con la mayor parte de sus efectivos, los desfiladeros próximos al lugar llamado Clímax<sup>258</sup>; se hicieron fuertes en la ruta de entrada a Sapodra y convirtieron en intransitables todos los restantes caminos y accesos. Garsieris, que había invadido Milíade<sup>259</sup> y había acampado no lejos de la ciudad llamada Cretópolis, fue advertido de que el enemigo había tomado posiciones, cosa que hacía imposible su avance; entonces urdió el ardid siguiente: levantó el campo y deshizo el camino ya hecho, como si renunciara a facilitar ayuda, debido a las posiciones tomadas por el enemigo. Los selgueos creyeron que, efectivamente, Garsieris renunciaba a prestar socorro: unos regresaron al campamento y otros a su ciudad, porque ya apremiaba la época de la siega. Garsieris, entonces, dio la vuelta, avanzó a marchas forzadas y llegó a los desfiladeros. Los encontró abandonados y los aseguró con guarniciones, al frente de las cuales puso a Pauló. Él mismo, con su ejército bajó hasta Perge y, desde allí, mandó emisarios a las poblaciones

bien Selgue estaba en Pisidia, en la llanura que hay al O. del río Eurimedonte.

<sup>257</sup> Cf. nota 204.

<sup>258</sup> No se trata del famoso desfiladero por el que pasó Alejandro Magno, sino de otro que va desde el interior a la costa de Panfilia. Su identificación es incierta. Cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc.

<sup>259</sup> Milíade es una región montañosa de Lidia, que se extiende desde el paso de Termeso, en el Tauro, hasta Sagalaso y Apamea. Esto, según Estrabón. Véase la discusión correspondiente en WALBANK, *Commentary*, ad loc.

restantes de Pisidia<sup>260</sup> y a Panfilia: exponía la dureza de los selgueos y pedía a todos que se aliaran con Aqueo y que socorrieran la plaza de Pedneliso.

A la sazón, los selgueos habían enviado un general con un ejército y pensaban que, por su conocimiento del terreno, podrían sorprender al enemigo y echar a Pauló de las fortificaciones. Pero no consiguieron sus propósitos, antes bien, perdieron muchos hombres en sus ataques, por lo que desecharon este objetivo; en cambio, impulsaron más vigorosamente el asedio y las obras. Los eteneos<sup>261</sup>, habitantes de la región montañosa de Pisidia, encima de Side, enviaron a Garsieris ocho mil hoplitas y los aspendios, la mitad. Los de Side, con todo, no participaron en esta ayuda, en parte porque buscaban la amistad de Antíoco, pero más aún por el odio que abrigaban contra los aspendios. Garsieris tomó sus propias tropas y las de refuerzo, y se presentó en Pedneliso, convencido de que al primer ataque rompería el cerco. Pero los selgueos no se dejaron sorprender y Garsieris estableció su campamento a una distancia prudente. La carestía ponía ya en situación difícil a los de Pedneliso; Garsieris, empeñado en hacer todo lo posible, dispuso dos mil hombres, dio a cada uno un medimno de trigo y los envió de noche a la ciudad. Pero los selgueos se apercibieron del intento y cortaron el paso al enemigo: despedazaron a la mayoría de los porteadores y todo el trigo cayó en poder de los selgueos. Esto les envalentonó e intentaron asediar no sólo la ciudad, sino también el campamento de Garsieris. En la guerra, los selgueos tienen siempre algo de atrevido y de extraño. También entonces dejaron

<sup>260</sup> En la parte occidental del imperio seléucida, Perge con Selgue y Aspendo, tres ciudades muy cercanas, forman un triángulo equilátero. La región, propiamente, es Panfilia.

<sup>261</sup> Etene, en el traspais de Side, puerto importante de la costa panfilia.

una defensa suficiente en su atrincheramiento, dispusieron el resto de las tropas en diversos lugares y atacaron bravamente el campamento enemigo. A éste el riesgo le cercaba inesperadamente y por todas partes: había ya puntos en que se habían abierto brechas en el atrincheramiento; Garsieris seguía los sucesos y abrigaba esperanzas más bien magras en cuanto al resultado final, por lo que envió a su caballería a un lugar no defendido. Los selgueos pensaron que estos hombres estaban aterrorizados y que se retiraban por temor al futuro, de manera que no los tuvieron en cuenta, sino que, simplemente, les desdijeron. Pero aquellos jinetes se revolieron, enfilaron al enemigo por la espalda, atacaron y llegaron vigorosamente a un cuerpo a cuerpo. Ante este suceso, la infantería de Garsieris, que estaba ya en franca retirada, también se revolvió y rechazó a los atacantes. Rodeados por todas partes, los selgueos acabaron dándose a la fuga, al tiempo que los pedneliseos arremetieron contra los selgueos que habían quedado en su atrincheramiento y les echaron de allí. La huida se hizo, en conjunto, por un espacio muy amplio: murieron no menos de diez mil selgueos. El resto logró escapar: los aliados, a sus países, y los selgueos, monte a través, a su propia ciudad.

Garsieris alzó el campo y siguió muy de cerca a los que huían: su empeño era atravesar los lugares difíciles y acercarse a la ciudad antes de que los que escapaban se pararan a deliberar acerca de su propia presencia. De modo que compareció con su ejército a las puertas de la ciudad. Los selgueos, perdida ya totalmente su confianza en los aliados, pues el desastre había sido general, aterrorizados en su ánimo por la desventura sufrida, se temían lo peor no sólo cada uno en privado, sino también para su país. Reunieron la asamblea y decidieron enviar a uno de sus conciudadanos, Lógbasis,

que era huésped e íntimo amigo de aquel Antíoco<sup>262</sup> que perdió la vida en Tracia. Se le había confiado la custodia de Laódice<sup>263</sup>, la que después sería esposa de Aqueo y a la que él había criado como una hija y había educado con un cariño excepcional. Todo ello hacía que los selgueos consideraran a este hombre como el negociador más indicado en aquellas circunstancias. Y, efectivamente, lo enviaron. Pero él, en una entrevista privada con Garsieris, distó tanto de prestar apoyo a su patria, que era lo debido, que, todo lo contrario, aconsejó a Garsieris que se tomara la molestia de enviar una legación a Aqueo: él se comprometía a entregarles la ciudad. Garsieris aceptó prestamente esta perspectiva y remitió a Aqueo unos legados que reclamaran su presencia y que le expusieran, con detalle, las circunstancias actuales; en cuanto a los selgueos, estipuló solamente una tregua e iba difiriendo el momento de concluir los pactos: aducía problemas de detalle que promovían vacilaciones; todo era para ganar tiempo y que llegara Aqueo, y Lógbasis dispusiera de ocasiones para las entrevistas y la trama del complot.

En tales circunstancias, cuando se pasaba tanto de uno a otro campo para sostener las negociaciones, los hombres del campamento se habituaron a acudir a la ciudad en busca de provisiones, cosa que a muchos y con gran frecuencia les ha sido causa de ruina. Me parece que el hombre, aunque parezca el más avisado de los seres dotados de vida, en realidad es el más fácil de engañar. Porque, ¿cuántos campamentos y fortalezas, cuántas y cuán grandes ciudades no han sido víctimas de una traición por semejantes procedimientos?

<sup>262</sup> Antíoco Hierax, hijo de Antíoco II, y, por consiguiente, hermano de Seleuco II y tío de Antíoco III.

<sup>263</sup> Esta Laódice, mujer de Aqueo, era, al igual que la esposa de Antíoco III, hija de Mitrídates IV. Se trataba, pues, de dos hermanas del mismo nombre.



4 Cuando es evidente que cosas así han sucedido ya de modo continuo y a la vista de todos, no llego a entender cómo nos comportamos como jovencuelos ingenuos ante tales artimañas. La razón de ello estriba en que no hacemos memoria de las peripecias sufridas, en su caso, por nuestros antepasados. Con gastos y fatigas nos preparamos trigo y dinero en abundancia para cualquier eventualidad que pueda surgir, levantamos murallas y hacemos acopio de proyectiles, pero lo que resulta más fácil y nos da la máxima seguridad en momentos de peligro, esto, lo omitimos todos, cuando podríamos aprovechar los momentos de ocio honesto y adquirir placenteramente esta experiencia y este conocimiento por medio de la historia.

7 Aqueo se presentó en el momento convenido. Los selgueos entraron en tratos con él y concibieron grandes esperanzas de que se verían tratados con una humanidad total. Mientras tanto, Lógbasis iba reuniendo poco a poco en su casa a los soldados que entraban en la ciudad desde el campamento; aconsejaba a sus conciudadanos que no desaprovecharan la oportunidad, sino que se pusieran manos a la obra: debían considerar la benignidad que les mostraba Aqueo y pactar de una vez la paz; debían reunir la asamblea general para discutir la situación en que se encontraban. La asamblea se convocó al instante y llamaron, incluso, para que estuvieran presentes en las deliberaciones, a todos los hombres que estaban de guardia, para rematar definitivamente la cuestión.

76 Lógbasis dio la señal al enemigo de que ya era tiempo, dispuso a los que había reunido en su casa, se equipó él mismo y a sus hijos, para el combate inminente. En cuanto al ejército enemigo, Aqueo avanzaba en dirección a la ciudad con la mitad de él; Garsieris tomó el mando de los restantes y los guió hacia el lugar llamado Cesbesio. Se trata de un templo de Zeus y ocupa un

lugar muy estratégico con respecto a la ciudad, pues su disposición es la de una ciudadela. Por pura casualidad un cabrero vio lo que sucedía y lo advirtió a los reunidos en asamblea. Unos se lanzaron a toda prisa a Cesbesio, otros a los puestos de guardia y la multitud enfurecida se dirigió a la casa de Lógbasis: su traición era palmaria. Mientras unos se encaramaban al tejado, otros forzaron las puertas del patio interior y lincharon a Lógbasis, a sus hijos y a todos los que se encontraban allí. Inmediatamente proclamaron la libertad para los esclavos, se dividieron en distintos grupos y corrieron a defender los lugares estratégicos. Garsieris, cuando advirtió que Cesbesio estaba ocupado, desistió de su propósito. Aqueo intentaba todavía forzar las puertas, pero los selgueos efectuaron una salida, mataron a setecientos misios y pararon el empuje de los restantes. Tras esta operación, Aqueo y Garsieris se retiraron a su propio campamento. Los selgueos se temían una revuelta interna y, además, les alarmaba la proximidad del campamento enemigo, por lo que enviaron a sus ancianos con los distintivos de suplicantes<sup>264</sup>. Éstos consiguieron la paz y la guerra terminó bajo estas condiciones: «Entregarían en el acto la suma de cuatrocientos talentos y los prisioneros pedneliseos que retenían; al cabo de un tiempo añadirían trescientos talentos más.»

De modo que los selgueos, que habían visto su patria en peligro por la impiedad de Lógbasis, la salvaron por su gran arrojo, no mancharon su libertad ni su afinidad con los lacedemonios.

Aqueo redujo Milfada<sup>265</sup> y la mayor parte de Panfilia; luego levantó el campo. Llegó a Sardes, donde sostuvo una guerra continua contra Átalo, amenazaba tam-

<sup>264</sup> Con dos ramos de olivo, símbolo de la paz.

<sup>265</sup> Cf. nota 259.

bién a Prusias, se convirtió en temible para todos y en una pesada carga para los asiáticos que viven más allá del Tauro.

2 En la época en que Aqueo hacía su campaña contra los selgueos, Atalo con los galos egosaguos<sup>266</sup> había recorrido las ciudades eolias y las colindantes con ellas, que anteriormente se habían pasado a Aqueo por miedo. La mayor parte de ellas ahora se le aliaron voluntariamente y aun con agradecimiento, aunque unas pocas 3 lo hicieron constreñidas por la fuerza. Las primeras que se pusieron a su lado fueron Cime, Esmirna y Focea<sup>267</sup>; después, despavoridos ante la invasión, hicieron lo propio los de Egas y los temnitas<sup>268</sup>. Llegaron también 5 embajadores de Teos y de Colofón<sup>269</sup>: se entregaron 6 ellos mismos y sus ciudades. También a éstos les admitió en el pacto en las mismas condiciones que a los anteriores y les tomó rehenes; trató con especial benignidad a los legados de Esmirna, porque esta ciudad era 7 la que le había sido más leal. Avanzó sin dilaciones, pasó el río Lico, se dirigió hacia los caseríos de los 8 misios y, partiendo de allí, llegó a Carsea. Llenó de pánico a sus habitantes, así como a los defensores de los Muros Gemelos; conquistó también estos territorios:

<sup>266</sup> Cf. nota 113 del libro IV.

<sup>267</sup> Cime era fundación eolia y Focea, jonia. Sobre el segundo topónimo, Büttner-Wobst, Pédech y Paton leen «Esmirna», pero WALBANK, *Commentary*, ad loc., propone, sin ambages, la lectura «Mirina» por razones históricas. Véase su comentario. Mirina era también una fundación eolia. Las plazas están en Lidia.

<sup>268</sup> Egas está en la cima del Pftico, en el área montañosa que hay entre el Caico y el curso inferior del Hermo. El área de operaciones de Atalo en el año 218 puede verse en WALBANK, *Commentary*, pág. 602. Temnos estaba al S. de Egas.

<sup>269</sup> Teos y Colofón son ciudades jonias; la primera, en la costa de Lidia y la segunda, tierra adentro, al SE.

se los entregó Temístocles, que era el que Aqueo había dejado como comandante de toda la región. Partió de 9 allí, devastó la llanura de Apia, rebasó el monte llamado Pelecante y acampó junto al río Megisto<sup>270</sup>.

Entonces se produjo un eclipse de luna<sup>271</sup>. Los galos 78 soportaban ya antes difícilmente las penalidades de la marcha, porque tomaban parte en aquella expedición acompañados por sus mujeres e hijos que les seguían en carros. Tomaron lo sucedido como un mal agüero 2 y se negaron a seguir adelante. El rey Atalo, que no 3 extraía de ellos provecho alguno, pues comprobaba que en las marchas siempre iban separados y acampaban también distanciados de los demás, porque eran hombres tan soberbios como desconfiados, no sabía ni mucho menos qué partido tomar. Si por un lado temía 4 que se pasaran a Aqueo y perjudicaran su causa, por el otro no desdeñaba la mala fama que se seguiría del hecho de que rodeara a estos soldados y los exterminara hasta el último, cuando todo el mundo creía que habían pasado a Asia fiados en su lealtad. Aprovechó, pues, 5 como pretexto aquella negativa y les anunció que, de momento, les conduciría hasta el lugar en que habían desembarcado, y que les daría tierras fértiles para vivir; después colaboraría con ellos en lo que le pidieran, siempre que fuera factible y justo. De modo que Atalo 6 condujo a estos galos egosaguos hasta el Helesponto, trató amigablemente con los lampsacenos, los alejandri-

<sup>270</sup> El Lico es un afluente por la derecha del Hermo, en la región de Tiatira. Los caseríos de los misios no eran, políticamente, ciudades. Carsea no sabemos donde estaba y la posición de los Muros Gemelos es discutida, cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc. La llanura de Apia y el monte Pelecante estaban en el valle alto del Megisto (el actual Macestos).

<sup>271</sup> Fue el 1.º de septiembre del año 218 a. C.

nos y los ilienses<sup>272</sup>, que le habían sido siempre leales, y se retiró con su ejército hasta Pérgamo.

- 79 Al llegar la primavera, Antíoco y Ptolomeo ya tenían a punto sus preparativos y se aprestaron a dirimir sus diferencias en una batalla decisiva. El ejército de Ptolomeo partió de Alejandría: constaba de setenta mil soldados de a pie, cinco mil de caballería y setenta y tres elefantes. Avisado de la incursión, Antíoco concentró sus tropas, en las que formaban daos, carmanios y cilicios<sup>273</sup>, armados al modo de la infantería ligera, en número de cinco mil; cuidaba de éstos y estaba a su mando Bítaco de Macedonia. Al mando de Teodoto de Etolia<sup>274</sup>, que era el que había hecho traición a Ptolomeo, estaba la flor y nata del ejército real, armado al modo macedonio: unos diez mil hombres. La mayoría de ellos eran *los del escudo de plata*<sup>275</sup>. La falange, en su conjunto constaba de veinte mil hombres, mandada por Nicarco y por Teodoto el llamado Hemiolio.
- 6 A todos éstos se sumaban los agrianos y los persas<sup>276</sup>,

<sup>272</sup> Lámpsaco estaba al N. de la costa de Tróade. Ilium era una fundación eolia no lejos de la ciudad de Troya, en la entrada de los Dardanelos, y Alejandría de la Tróade estaba en la misma costa, bastante más al S.

<sup>273</sup> Los daos eran un pueblo iranio famoso por su belicosidad; procedían de la estepa de Jacartes. Los carmanios procedían de la costa norte del golfo pérsico; Cilicia se la habían repartido los seléucidas y los reyes de Egipto los Ptolomeos. La llanura de Cilicia con todo, estaba sometida a Antíoco.

<sup>274</sup> Sobre Teodoto de Etolia, que se cambió de bando, cf. 46, 3-4, y nota 165.

<sup>275</sup> La palabra griega es *argyráspides*; he preferido poner la traducción, que no hay que tomar al pie de la letra; se trataría de un cuerpo de élite, quizás armado con un escudo (*aspis*) especial.

<sup>276</sup> Para los agrianos, cf. II 65, 2. Los persas eran, preferentemente, arqueros.

unos dos mil entre arqueros y honderos. Seguían mil tracios, a las órdenes de Menedemo de Alabanda<sup>277</sup>. Había también medos, cisios, cadusios y carmanios<sup>278</sup>, 7 unos cinco mil en total, que tenía a su cargo el medo Aspasiano. Formaban también árabes<sup>279</sup> y algunos de 8 las gentes vecinas: diez mil en total, que prestaban obediencia a Zabdíbelo. Mandaba a los mercenarios 9 griegos Hipóloco de Tesalia; en número eran unos cinco mil. Antíoco disponía también de mil quinientos cretenses, los hombres de Eurfloco, y de mil neocretenses, a las órdenes de Celis de Gortina. De todo el conjunto 11 formaban también parte quinientos lanceros lidios y mil cardaces<sup>280</sup>, a cuya cabeza iba Lisímaco el galo<sup>281</sup>. El contingente de caballería constaba, en total, de seis 12 mil hombres, cuatro mil de ellos al mando de Antípatro<sup>282</sup>, el sobrino del rey, y el resto formaba a las órdenes de Temiso. Y el ejército de Antíoco constaba de 13 sesenta y dos mil soldados de a pie y, con ellos, seis mil de caballería; estaba dotado de ciento dos elefantes.

Ptolomeo marchó hacia Pelusio<sup>283</sup> y, de momento, 80 se detuvo en esta plaza. Recogió a los rezagados, dis- 2

<sup>277</sup> Cf. 69, 4, y nota 245.

<sup>278</sup> Los medos eran persas, los cisios habitaban el Elam (¿los elamitas bíblicos?), no lejos de Susa. Para los cadusios, cf. 44, 9, y nota 155; para los carmanios, que no hay que confundir con los del parágrafo 3, se debe pensar que llevaban armamento diferente.

<sup>279</sup> Estos árabes vivían en el desierto de Siria y servían a Antíoco. Aquí su lugarteniente era Zabdídelo.

<sup>280</sup> Estos lidios procedían de Magnesia y los cardaces habían luchado a favor de Darío en Iso. Aquí luchan en calidad de mercenarios de Antíoco.

<sup>281</sup> No sabemos quién es, pero es interesante ver cómo un bárbaro adopta un nombre griego.

<sup>282</sup> Probablemente es el Antípatro de XVI 18, 7. Era sobrino de Seleuco II, es decir, su madre era hija de Antíoco II y Laódice.

<sup>283</sup> Cf. nota 222.

tribuyó víveres al ejército, movió su campo y avanzó paralelamente al monte Casio y al lugar llamado el 3 Báratro<sup>284</sup>, debido a que es desértico. Lo atravesó en cinco días y acampó a cincuenta estadios de distancia de Rafia<sup>285</sup>, que se encuentra junto a Rinocolura<sup>286</sup>, la primera ciudad de Celesiria para los procedentes de 4 Egipto. En el mismo momento, Antíoco se presentó con sus fuerzas, acudió a Gaza, donde hizo descansar a su ejército, y después reemprendió la marcha, lentamente. Rebasó la ciudad aludida, Rafia, y acampó, de 5 noche, a unos diez estadios del enemigo. Inicialmente, estaban a esta distancia cuando acamparon unos frente 6 a otros. Pero, al cabo de unos días, Antíoco, con una doble intención, ocupar una posición más estratégica e infundir ánimo a sus propias tropas, acercó su campamento al de Ptolomeo, de manera que separaban ambos atrincheramientos no más de cinco estadios. 7 Y ya entonces fueron muchos los choques que se produjeron entre forrajeadores y aguadores de ambos bandos, al tiempo que se libraban escaramuzas entre ambos ejércitos, ya de fuerzas de caballería, ya de infantería. 81 En este tiempo, Teodoto<sup>287</sup> intentó un golpe audaz, 2 al modo etolio, no desprovisto de coraje. Por su anterior convivencia con el rey Ptolomeo, conocía perfecta-

<sup>284</sup> El monte Casio es una montaña arenosa cerca de Pelusio; el Báratro era un desierto arenoso peligroso por las tempestades de arena. En lenguaje bíblico pasará a significar «infierno».

<sup>285</sup> Rafia, célebre por la batalla de este nombre, estaba situada a unos veinticinco kilómetros de Gaza, en la frontera entre Egipto y Palestina.

<sup>286</sup> Rinocolura está a un día de camino al S. de Rafia.

<sup>287</sup> Esta misma gesta de Teodoto se encuentra en el capítulo I del *Libro III de los Macabeos* con detalles muy diferentes; el relato de Polibio parece más digno de fe. Los *Libros III y IV de los Macabeos* jamás han sido reconocidos como canónicos por la Iglesia Católica.

mente las costumbres de éste, su género de vida. A las primeras luces se introdujo, con dos hombres más, en el campamento enemigo. La oscuridad hacía aún su rostro irreconocible. Tampoco por el vestido ni por la 3 silueta podía nadie distinguirles, debido a lo abigarrado de las indumentarias de aquel campamento. Por las 4 escaramuzas que se libraban a muy poca distancia, en los días anteriores Teodoto había procurado averiguar cuál era la tienda del rey y, ahora, se dirigió audazmente hacia ella. No le reconoció nadie de los hombres con que se cruzó. Irrumpió en la tienda en la que el 5 rey acostumbraba a recibir las audiencias y a comer, la registraron toda, pero no dieron con el monarca, porque Ptolomeo no descansaba en esta tienda, levantada sólo para las recepciones y el aparato real. Hirió 6 a dos de los hombres que descansaban allí, mató al médico real, Andreas<sup>288</sup>, y se retiró, sin correr ningún peligro, a su propio campamento: sólo le increparon algo cuando traspasó el atrincheramiento. Si se atiende 7 a su audacia, cumplió bien su propósito, pero falló en sus previsiones, puesto que no había averiguado correctamente el lugar de descanso del monarca.

Ambos reyes, acampados ya durante cinco días uno 82 frente al otro resolvieron dirimir sus diferencias en una batalla decisiva<sup>289</sup>. Ptolomeo empezó a hacer salir a sus 2 tropas de su atrincheramiento y, al punto, Antíoco sacó las suyas para oponérsele. Ambos reyes situaron frente

<sup>288</sup> Un médico famoso por la escuela de los herofilios; cf. XII 25d, 3.

<sup>289</sup> Una estela trilingüe, encontrada en Tell'el-Mashkoutah en 1924, menciona el decreto del sínodo de sacerdotes celebrado en Menfis el 15 de noviembre del año 217 a. C. El decreto, en honor de Ptolomeo IV Filopátor, dice que éste salió de Celesiria el 13 de junio y que la batalla tuvo lugar el 22 del mismo mes. Pero la estela plantea numerosos problemas, pues no concuerda con los datos que ofrecen los historiadores. Cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc.

a frente a sus falanges y a sus tropas escogidas armadas al modo macedonio.

3 Las dos alas de Ptolomeo presentaban el dispositivo siguiente: Polícrates, con su caballería, mandaba el ala  
4 izquierda. Entre éste y la falange, estaban los cretenses, en contacto con la caballería. Seguía, a continuación, la escolta real. Después venían los peltastas de Sócrates y, junto a ellos, los africanos armados al modo  
5 macedonio. En el ala derecha estaba Equécrates el tesalio con su contingente de caballería propio, a su izquierda formaban los galos y los tracios. A continuación seguían los mercenarios griegos, a las órdenes de Fóxidas, y, pegada a ellos, la falange egipcia.

7 En cuanto a los elefantes, había cuarenta en el ala izquierda, que era donde Ptolomeo iba personalmente a combatir; los treinta y tres restantes fueron situados delante del ala derecha, a la altura de la caballería mercenaria.

8 Antíoco colocó a sesenta de sus elefantes, mandados por Filipo, amigo suyo de la infancia<sup>290</sup>, delante del ala derecha, en la cual iba él a pelear contra Ptolomeo.  
9 Detrás de los elefantes colocó, en formación lineal, a dos mil jinetes, a las órdenes de Antípatro, y dispuso  
10 otros dos mil que formaran ángulo recto con ellos. Al lado de la caballería situó, de frente, a los cretenses. Alineó a continuación a los mercenarios griegos, apoyados, al igual que el cuerpo armado a la macedonia, por  
11 los cinco mil hombres del macedonio Bítaco. Emplazó en el extremo del ala izquierda a dos mil jinetes a las órdenes de Temiso. Junto a éstos situó a los cardaces y a los lanceros lidios y, a continuación, la infantería ligera, unos tres mil hombres, a las órdenes de Menedemo.  
12 Seguían los cisios, los medos y los carmanios, y luego los árabes y los pueblos vecinos, en contacto ya

<sup>290</sup> Sobre este título, véase 9, 4-5.

con la falange. Al resto de los elefantes, Antíoco lo colocó delante del ala izquierda; los conducía Muisco, que antes había sido paje real<sup>291</sup>.

Ordenados de esta manera los dos ejércitos, ambos  
83 reyes recorrieron sus líneas frontales, acompañados de los oficiales y los cortesanos. Habían depositado sus  
2 máximas esperanzas en las falanges, y fue ante estas formaciones donde pusieron el máximo ardor en sus arengas. Ante las de Ptolomeo hablaron Andrómaco,  
3 Sosibio y la hermana del rey, Arsínoe<sup>292</sup>; ante las de Antíoco, Teodoto y Nicarco, pues los oficiales mencionados eran los que las mandaban, en ambos ejércitos. El contenido de las alocuciones venía a ser en ambos  
4 casos muy semejante. Ninguno de los dos monarcas podía aducir alguna hazaña brillante realizada por él: hacía muy poco tiempo que habían asumido el imperio; intentaban infundir en sus falanges coraje y alien-  
5 to recordándoles la gloria de los antepasados y las gestas realizadas por ellos. Pero, por encima de todo, propo-  
6 nían las máximas recompensas para el futuro tanto a los oficiales en particular como a todos los que iban a participar masivamente en la lucha, para invitarles y exhortarles, así, a que en la batalla inminente se comportaran de manera noble y varonil. Todo esto y otras  
7 cosas por el estilo lo decían montados a caballo; o hablaban en persona o por medio de intérpretes.

Cuando, en su marcha, Ptolomeo y su hermana al-  
84 canzaron el extremo izquierdo de toda su formación

<sup>291</sup> Los «pajes reales» formaban un cuerpo de servidores del rey que, asimismo, recibían instrucción militar; se formaban en una escuela de oficiales.

<sup>292</sup> Sobre Andrómaco y Sosibio, véanse 35, 7 y 64, 4. Arsínoe, hija de Ptolomeo III y de Berenice, hermana de Ptolomeo IV, que se casó con ella después de la batalla de Rafia, murió violentamente (cf. XV 23, 2, y nota 113).

y Antíoco, con su escuadrón real<sup>293</sup>, el derecho, se dio la señal de guerra, y los elefantes iniciaron el choque.

2 No fueron muchas las bestias de Ptolomeo que se trabaron en lucha con los elefantes contrarios<sup>294</sup>; los hombres que luchaban desde las torres se batieron espléndidamente: peleaban casi cuerpo a cuerpo con sus cimitarras y se herían mutuamente. Pero aún fueron más bravos los elefantes, que se arremetían con furor y se embestían de frente. Estas fieras luchan como sigue:

3 se entrelazan y cruzan sus incisivos mutuamente, se empujan con violencia apoyándose firmemente en el suelo, hasta que una de las dos supera a la otra en potencia y

4 le echa la trompa a un lado. Cuando ya la tiene girada y logra cogerla de flanco, entonces la hiere con los incisivos no de otro modo que un toro con los cuernos.

5 Allí la mayoría de los elefantes de Ptolomeo se acobardaron ante la lucha, que es lo que suele ocurrir con los

6 elefantes africanos. Pues no soportan ni el hedor ni el griterío, sino que, horrorizados ante la talla y la potencia, al menos yo pienso así, de los elefantes indios, huyen

7 al instante, que es lo que entonces ocurrió. Desbaratada su línea, presionaron sobre sus propias formaciones, y entonces la guardia real de Ptolomeo empezó a ceder,

8 oprimida por las fieras. Antíoco desbordó con sus jinetes la línea de los elefantes y cargó sobre la caballería

9 mandada por Polícrates. Al propio tiempo, delante de la línea de los elefantes los mercenarios griegos próximos a la falange atacaron a los peltastas de Ptolomeo y les forzaron a retroceder; también los elefantes habían desorganizado por aquí las líneas de estos peltastas.

10 De modo que el ala izquierda de Ptolomeo cedió íntegramente, aplastada tal como se ha descrito<sup>295</sup>.

<sup>293</sup> Era una tropa de élite que usaba armamento ligero; la citan tanto Polieno como Tito Livio (*ala regia* XXXVII 40, 11).

<sup>294</sup> Los elefantes africanos eran más pequeños que los indios.

<sup>295</sup> Según el *Libro III de los Macabeos*, en este momento de

Equécrates<sup>296</sup>, que estaba al mando del ala derecha, **85** de momento se limitaba a observar el choque de las alas citadas, pero cuando vio que la polvareda se levantaba en dirección hacia él, y que sus elefantes no se atrevían, ni mucho menos, a atacar a los enemigos, ordenó a

2 Fóxidas<sup>297</sup>, comandante de los mercenarios griegos, que acometiera al enemigo que tenía enfrente. Él, con su

3 caballería y el contingente apostado detrás de los elefantes, se puso fuera del alcance de las bestias enemigas; acosó a la caballería rival por el flanco y por la

4 retaguardia y la puso rápidamente en fuga. Fóxidas y los suyos lograron algo semejante, pues cayeron sobre

5 los árabes y los medos<sup>298</sup> y les obligaron a volver la espalda y a huir atropelladamente. De modo que el ala derecha de Antíoco vencía, pero la izquierda era derrotada.

Entretanto, las falanges, que de este modo ya no

6 contaban con la protección de las alas, permanecían intactas en medio de la llanura; sus esperanzas sobre

7 el desenlace final eran inciertas. Antíoco pugnaba todavía para explotar su éxito en el ala derecha; Ptolomeo,

8 por su lado, que se había retirado detrás de su falange, entonces se adelantó por el centro; su aparición llenó

9 de pánico al enemigo e infundió gran empuje y coraje a sus hombres. Andrómaco y Sosibio se lanzaron al

10 insólito al asalto, con sus lanzas en ristre. Las tropas de élite sirias resistieron algún tiempo; las de Nicarco

11 retrocedieron al punto y se retiraron. Antíoco, joven e inexperto, suponía que por haber vencido él en su ala

la batalla, Arsínoe, la hermana del rey, se puso al frente de las tropas que cedían y, con los cabellos sueltos, les suplicaba que reemprendieran la lucha, al tiempo que prometía a cada soldado dos minas de oro (*III Mac.* 1).

<sup>296</sup> Cf. 82, 5.

<sup>297</sup> Cf. 65, 4; 82, 6.

<sup>298</sup> Cf. 82, 2.

la victoria ya era general, y acosaba a los que huían.  
 12 Pero al final, uno de los suyos, de más edad, le detuvo,  
 y le hizo ver cómo la polvareda levantada iba desde la  
 falange hacia su propio campamento. Antíoco comprendió  
 entonces lo sucedido, e intentó correr otra vez al  
 13 lugar de la lucha con su escuadrón real. Comprobó que  
 todos los suyos habían huido, y entonces se replegó  
 hacia Rafia, convencido de que en lo que dependía de  
 él se había triunfado; la derrota se debía a la cobardía  
 y a la vileza de los demás.

86 De modo que la falange de Ptolomeo, la caballería  
 de su ala izquierda y su cuerpo de mercenarios logra-  
 ron la victoria y, en la persecución subsiguiente, mata-  
 ron a muchos enemigos. Ptolomeo se retiró acto segui-  
 2 do y pasó la noche en su campamento. Al día siguiente  
 recogió sus muertos y los enterró, despojó los cadáveres  
 3 enemigos, levantó el campo y se dirigió a Rafia. Después  
 de la fuga Antíoco quería acampar fuera de esta ciudad,  
 tras haber juntado previamente a los que habían huido  
 en grupos. Pero la mayoría se había refugiado en la  
 4 población, cosa que le forzó a entrar a él mismo. A las  
 primeras luces del alba hizo salir la parte salvada de  
 su ejército y se dirigió a Gaza, donde estableció su cam-  
 pamento. Desde allí envió legados que trataran la re-  
 cuperación de sus muertos; logró pactar una tregua  
 5 para enterrarlos. Las bajas de Antíoco fueron poco  
 menos de diez mil soldados de infantería y más de tres-  
 cientos jinetes; más de cuatro mil hombres le cayeron  
 6 prisioneros. Durante el combate perdió tres elefantes  
 y, posteriormente, se le murieron dos más a consecuen-  
 cia de las heridas recibidas. Del bando de Ptolomeo mu-  
 rieron unos mil quinientos hombres de a pie y unos  
 setecientos jinetes; le mataron a dieciséis elefantes y  
 la mayoría de los restantes se los arrebató el enemigo<sup>299</sup>.

<sup>299</sup> Parece absurdo que un ejército derrotado consiga arre-  
 batarse los elefantes del enemigo. Cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc.

Este fue el desenlace de la batalla librada en Rafia 7  
 entre los dos reyes por la posesión de Celesiria. Des- 8  
 pués de haber recogido a sus muertos, Antíoco se retiró  
 a su país con su ejército; Ptolomeo tomó de inmediato  
 Rafia y el resto de ciudades; todas las poblaciones riva-  
 lizaban para adelantarse a las vecinas en pasarse a su  
 bando, o reintegrarse a él. Seguramente todos, en situa- 9  
 ciones semejantes, acostumbra a adaptarse, como sea,  
 a las circunstancias, pero precisamente las gentes que  
 viven en aquellos lugares tienden excepcionalmente y  
 son muy accesibles a complacencias dictadas por la  
 oportunidad. En este caso lo ocurrido se debió a la 10  
 adhesión a los reyes de la casa de Alejandría. Y es na-  
 tural que fuera así: las gentes de Celesiria han propen-  
 dido a venerar más, siempre, esta casa real; ahora no 11  
 omitieron ningún exceso de adulación para honrar a  
 Ptolomeo: hubo coronas, sacrificios, altares y todo lo  
 demás por el estilo.

Así que llegó a la ciudad que lleva su nombre, An- 87  
 tíoco envió sin dilaciones, como legados a la corte de  
 Ptolomeo, a su sobrino Antípatro y a Teodoto Hemiolio  
 para negociar un tratado de paz, pues temía una incur-  
 sión del enemigo. La derrota sufrida hacía que recelara 2  
 de su propio pueblo; le angustiaba también Aqueo, no  
 se aprovechara de aquella oportunidad. Pero Ptolomeo 3  
 ya no pensaba en nada de esto, antes bien, satisfecho  
 por aquella victoria inesperada y, en suma, por haber  
 adquirido Celesiria sin imaginárselo siquiera, ahora no  
 era contrario a la paz, sino partidario de ella más de  
 lo debido; le arrastraba a ello su vida siempre indo- 4  
 lente y depravada. De modo que, cuando se le presentó  
 Antípatro, primero pronunció algunas amenazas y re-  
 proches por la conducta de Antíoco, pero se avino a  
 pactar una tregua por un año. Envío a Sosibio con los 5  
 embajadores para que ratificara lo acordado. El pasó 6



tres meses en Siria y en Fenicia<sup>300</sup>, para poner en orden las ciudades; después dejó allí a Andrómaco de Aspendo<sup>301</sup> como gobernador militar de las regiones citadas y partió con su hermana y con sus amigos hacia Alejandría. Había puesto un final a la guerra que resultaba sorprendente a los habitantes de su reino que conocían los hábitos de la otra cara de su vida. Antíoco, por su parte, se aseguró de la tregua con Sosibio y se enfrascó, según su propósito primero, en sus preparativos contra Aqueo.

9 Ésta era la situación de Asia.

88

Hacia esta misma época los rodios tomaron como pretexto el terremoto que había sacudido su isla poco tiempo antes; les había derribado el gran coloso<sup>303</sup>,

*Digresión: el terremoto de Rodas*<sup>302</sup>

2 la mayor parte de los muros y las atarazanas. Sin embargo, trataron con tanta prudencia y sentido práctico lo sucedido, que salieron del desastre más bien beneficiados que perjudicados: entre los hombres la ignorancia y la despreocupación difieren tanto de la inteligencia y la atención, así en la vida privada como en los asuntos públicos, que a unos la buena fortuna les produce males, y a otros, en cambio, los desastres les son

<sup>300</sup> Siria y Fenicia era el nombre oficial de Celesiria en la dinastía Lágida.

<sup>301</sup> Cf. 64, 4 y 83, 3.

<sup>302</sup> Puesto que Seleuco II Calinico murió en 225, este terremoto tuvo lugar forzosamente antes de esta fecha, con lo cual aquí hay una dislocación cronológica, intencionada por parte de Polibio. Los reyes que le eran contemporáneos fueron muy tacaños para dotar económicamente fiestas religiosas y competiciones deportivas, por lo cual Polibio indirectamente les echa en cara su mezquindad. Véase el amplio comentario de WALBANK, *Commentary*, ad loc.

<sup>303</sup> El famoso Coloso de Rodas, una de las Siete Maravillas del Mundo, era una estatua de bronce de 32 m.

causa de provecho. Entonces, ciertamente, los rodios 4 se supieron manejar: exageraron el desastre y lo presentaron como algo terrible; en sus embajadas se comportaron con gravedad y dignidad, tanto en las asambleas públicas como en las entrevistas privadas. Así lograron que las ciudades y aún más los reyes no sólo les hicieran donaciones fantásticas, sino que los mismos donantes se les mostraron encima agradecidos. En efecto: Hierón y Gelón<sup>304</sup> no sólo les entregaron setenta y cinco talentos de plata, en parte al contado y en parte poco tiempo después<sup>305</sup>, para que repusieran las provisiones de aceite del gimnasio, sino que les regalaron también calderas<sup>306</sup> de plata con los soportes respectivos y añadieron algunas vasijas para el agua. Les dieron, además, diez talentos para los sacrificios y otros diez para ayudar a la ciudadanía, de manera que, en conjunto, el obsequio fue de cien talentos. También 7 eximieron de abonar derechos a las naves rodias que entraran en sus puertos y dotaron a la ciudad de cincuenta catapultas de tres codos. Finalmente, tras haberles hecho tamañas donaciones, como si aún les debieran 8 agradecimiento, levantaron en el mercado de Rodas un grupo escultórico que representaba al pueblo de Rodas coronado por el de Siracusa.

<sup>304</sup> Para Hierón, cf. I 8, 2-9; para su hijo Gelón, I 8, 3, y sobre su muerte hacia el 216/215, cf. VIII 8, 9.

<sup>305</sup> La evidente desproporción entre el dinero entregado y las finalidades consignadas en el texto griego hacen que sus editores supongan con razón una laguna; la mayor parte de ellos piensan en la reconstrucción de las murallas (así, Pédech) o en la de las murallas y los astilleros (Reiske). Véase la discusión en WALBANK, *Commentary*, ad loc.

<sup>306</sup> Ya en Homero las tinajas o calderas, con los soportes respectivos, eran objetos de mucho valor. (Cf. *Ilíada* IX 122-3; 264-5; XVIII 259, 264, 268, 702, 885.)

89 Asimismo, Ptolomeo<sup>307</sup> les prometió trescientos talentos de plata, un millón de artabas<sup>308</sup> de trigo, madera suficiente para construir seis quinquerremes y diez triremes y cuarenta mil codos de pino escuadrados, medidos exactamente, mil talentos en monedas de bronce, 2 tres mil talentos de estopa, tres mil piezas de vela, tres mil talentos<sup>309</sup> para la reconstrucción del coloso, cien carpinteros, trescientos cincuenta ayudantes y catorce 4 talentos para el salario anual de estos artesanos; añadió doce mil artabas de trigo, para los juegos y los sacrificios, y veinte mil, para el mantenimiento de las 5 tripulaciones de diez trirremes. La mayor parte de estos subsidios los entregó inmediatamente y de la totalidad 6 del dinero, una tercera parte. No de manera diferente Antígono<sup>310</sup> les dio diez mil piezas de madera de ocho a dieciséis codos, que podían servir para vigas, cinco mil travesaños de siete codos, tres mil talentos de hierro, mil talentos de colofonia y mil metretas de resina líquida; además de esto, les prometió cien talentos de plata. 7 Su esposa Criseida les ofreció cien mil medimnos de trigo y tres mil talentos de plomo. Seleuco<sup>311</sup>, el padre de Antíoco, además de la exención de los derechos de aduana a los rodios que entraran en los puertos de su reino y aparte de diez quinquerremes equipados completamente y de doscientos medimnos de trigo, les dio diez mil codos de madera, de resina y de crines<sup>312</sup> y añadió la suma de mil talentos.

<sup>307</sup> Ptolomeo III Evérgetes.

<sup>308</sup> Una artaba tenía la capacidad de 39,6 l.

<sup>309</sup> Algunos editores añaden: «de bronce» no amonedado, simplemente el metal para reconstruir la estatua.

<sup>310</sup> Antígono Dosón.

<sup>311</sup> Seleuco III Calínico.

<sup>312</sup> Crines de caballo y de otros animales, que servían para hacer cuerdas.

Donaciones semejantes a éstas les hicieron Prusias,<sup>90</sup> Mitrídates<sup>313</sup> y los reyes que entonces reinaban en el Asia, me refiero a Lisantias, a Olímpico y a Limneo<sup>314</sup>. Es imposible enumerar con facilidad las ciudades que, 2 cada una según sus posibilidades, colaboraron con los rodios. Cuando se consideran los orígenes y el tiempo 3 que hace que esta ciudad está habitada, causa gran sorpresa ver el enorme auge que ha tomado en un período tan breve, tanto en las haciendas privadas como en la pública de la ciudad; pero si se considera la situa- 4 ción estratégica de su emplazamiento, las aportaciones y los complementos exteriores de su prosperidad, entonces la admiración desaparece y, más bien, creeríamos que le falta un poco para llegar a la altura debida.

He dicho esto, primeramente, para patentizar la dig- 5 nidad con que manejan los rodios sus finanzas públicas: son verdaderamente merecedores de elogio y de emulación, y, en segundo lugar, para que salte a la vista la 6 tacañería de los reyes actuales y lo poco que de ellos reciben hoy las gentes y las ciudades: así ni los reyes 7 que sueltan cuatro o cinco talentos podrán creer que han hecho una gran cosa, ni se empeñarán en recibir de los griegos la adhesión y las honras que de ellos recibieron los reyes de antaño; las ciudades tendrán 8 ante su vista la esplendidez de los dones recibidos en épocas anteriores y no tributarán, inadvertidamente, grandes y magníficas honras por pequeños beneficios recibidos por casualidad<sup>315</sup>. Se esforzarán en dar a cada 9 uno lo que realmente merece, que es lo que distingue más a los griegos de los demás hombres.

<sup>313</sup> Para Prusias de Bitinia, cf. IV 47, 7, y para Mitrídates II del Ponto, cf. IV 56, 1; V 43, 1-2.

<sup>314</sup> Olímpico era gobernador de Alinda, en Caria; Lisantias y Limneo nos son desconocidos.

<sup>315</sup> Con una implícita mezquindad de espíritu.

91

*Grecia: prosecución de la guerra de los aliados. Política de Arato*

Había empezado la época estival<sup>316</sup>; Agetas era el general de los etolios y Arato el Viejo había tomado el mando de los aqueos (pues éste es el punto en que in-

terrumpimos la narración de la Guerra Social<sup>317</sup>); el espartano Licurgo había regresado a su país desde Etolia. Los éforos, en efecto, habían comprobado la falsedad de la acusación por la que se había exiliado y le llamaron con el ruego de que se repatriara. Licurgo, entonces, tramaba con Pirrias el etolio<sup>318</sup>, el general de los eleos, una invasión de Mesenia. Arato encontró el cuerpo de mercenarios de los aqueos muy bajo de moral y las ciudades muy poco dispuestas a colaborar económicamente a su sostenimiento. La culpa era del general anterior, Epérato, quien, como expuse anteriormente<sup>319</sup>, había tratado erróneamente y con negligencia los asuntos aqueos. Arato, no obstante, estimuló a los aqueos y, apoyado en un decreto de ellos, se dedicó activamente a realizar preparativos bélicos. Los decretos de los aqueos fueron los siguientes: mantener ocho mil soldados mercenarios de a pie y quinientos jinetes; de tropas de élite de los aqueos, tres mil hombres de infantería y trescientos jinetes. Entre estos últimos habría quinientos infantes megalopolitanos que se armaban con escudo de bronce<sup>320</sup> y cincuenta jinetes. Formarían también tropas argivas en igual número. Se decretó, además, que las naves se hicieran a la mar: tres

<sup>316</sup> Del año 217 a. C. Agetas fue estratega el año 217/216.

<sup>317</sup> Cf. 30, 7.

<sup>318</sup> Cf. 30, 2.

<sup>319</sup> Cf. 30, 1-7.

<sup>320</sup> Cf. II 65, 3; IV 69, 4.

se dirigirían a Acte<sup>321</sup> y al golfo de Argólide, y tres hacia Patras<sup>322</sup>, Dime y al mar de esta región.

Esto es lo que hacía Arato y éstos eran sus preparativos. Licurgo y Pirrias, tras haberse enviado mutuamente mensajeros para que coincidieran los días en que iban a invadir Mesenia, avanzaron hacia ella. El general de los aqueos, informado de este asalto, se presentó en Megalópolis, con los mercenarios y algunas tropas escogidas; su intención era prestar socorro a los mesenios. Tras su partida, Licurgo se apoderó, gracias a una traición, de Calamas<sup>323</sup>, un territorio de los mesenios; luego avanzó, deseoso de reunirse con los etolios. Pero Pirrias había salido de Élide con un contingente muy pequeño y, así que puso el pie en Mesenia, se vio al punto frenado por los de Cíparis<sup>324</sup> y regresó a su tierra. Por esto, Licurgo no logró juntarse con las tropas de Pirrias y su contingente no bastaba, por lo que, tras un breve ataque contra Andania<sup>325</sup>, regresó fracasado a Esparta.

Arato, tras el revés sufrido por el enemigo, hizo algo muy razonable. Previó el futuro y ordenó a Taurión<sup>326</sup> que dispusiera cincuenta hombres de a caballo y quinientos de infantería; mandó a los mesenios que le enviaran igual número de jinetes y de hombres de a pie. Su intención era proteger con estos soldados las regiones de Mesenia, de Megalópolis, de Tegea e, incluso, Argos. La razón estriba en que estos territorios limitan

<sup>321</sup> En la costa oriental de Argólide, entre Trezén y Epidauro.

<sup>322</sup> Para Dime, cf. nota 145 del libro II; para Patras, cf. nota 18 del libro IV.

<sup>323</sup> La moderna Giannitsa, al pie del Taigeto.

<sup>324</sup> Cíparis, en la costa occidental de Mesenia.

<sup>325</sup> Andania, en la ruta de Mesenia a Megalópolis; era famosa por sus misterios.

<sup>326</sup> Cf. IV 6, 4; 87, 8. Sobre la organización militar de Arato, cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc.

con Laconia y, si la guerra se origina en Lacedemonia, están más expuestos a ella que los restantes peloponesios. Arato determinó también custodiar, mediante mercenarios y un contingente escogido de etolios, las partes de la Acaya orientadas a Elea y a Etolia.

93 Dispuestos tales preparativos, se sirvió de un decreto de los aqueos para componer las diferencias internas de los megalopolitanos. Hacía poco que Cleómenes les había desposeído de su ciudad, habían sufrido un desastre total<sup>327</sup>, como se dice: carecían de muchas cosas y andaban escasos de las restantes. Conservaban buen ánimo, pero no lograban aprovisionarse de nada ni en particular ni públicamente. De ahí que entre ellos todo estuviera lleno de disputas, envidias y cólera. Esto es lo que, efectivamente, suele pasar, tanto en los negocios públicos como en la vida privada, cuando faltan recursos para cualquier empresa. Primero discutieron por las fortificaciones de la ciudad: unos propugnaban que debían reducirse y hacerlas tales que se pudiera acabar la empresa de terminirlas, y que, ante cualquier eventualidad, fueran realmente defendibles; ahora se habían visto derrotados por sus dimensiones y porque estaban muy poco guarnecidas. Además, juzgaban indispensable que los propietarios cedieran una tercera parte de sus tierras, para que las ocuparan unos colonos admitidos a título supletorio. Pero los otros no se avenían a reducir el espacio de la ciudad, ni a desprenderse de la tercera parte de sus terrenos. Con todo, más que nada fomentaban las discordias mutuas las leyes promulgadas por Prítanis<sup>328</sup>, a quien Antígono les había nombrado como legislador; era un personaje ilustre de la escuela peripatética y profesaba esta doctrina.

<sup>327</sup> La expresión correspondiente griega es un proverbio.

<sup>328</sup> Filósofo peripatético, famoso por haber sido maestro de Euforión y haber escrito un *Banquete* a imitación del platónico.

Las discusiones eran acerca de lo apuntado; Arato las apaciguó en la medida de lo posible y logró hacer cesar sus rivalidades. Grabaron en una estela las condiciones bajo las que dirimieron sus diferencias y la depositaron junto al altar de Hestia, en el Homario.

Después de lograr la reconciliación levantó el campo y él se dirigió a la asamblea de los aqueos; al mando de los mercenarios dejó a Lico de Fares, que entonces era el lugarteniente del general del contingente de Patras<sup>329</sup>. Los eleos, descontentos de Pirrias, eligieron de nuevo como general de los etolios a Eurípidas<sup>330</sup>. Este aprovechó la asamblea de los aqueos, cogió sesenta jinetes y dos mil hombres de infantería, partió, atravesó el territorio de Fares<sup>331</sup> y recorrió el país hasta Egio. Tras capturar un botín considerable se retiraba en dirección a Leontio<sup>332</sup>. Lico supo lo sucedido y acudió afanoso de prestar socorro. Dio alcance al enemigo, le atacó de improviso, le mató cuatrocientos hombres y le cogió doscientos prisioneros, entre los que se encontraban personajes ilustres, como Fisias, Antánor, Clearco, Andróloco, Evanóridas, Aristogitón, Nicásipo y Aspasio. Lico se apoderó, además, de todo el bagaje y del armamento enemigo. Por aquellos mismos días, el almirante

<sup>329</sup> Aquí hay un problema de crítica textual que condiciona el significado de la traducción. La correspondiente a la lectura de los manuscritos: «el contingente ancestral», no es satisfactoria, aunque sostengan tal lectura Schweighäuser y Büttner-Wobst, entre otros. Parece que aquí ha de haber un gentilicio. Naber propuso «de Farea», pero Vischer, seguido por WALBANK, *Commentary*, ad loc. (de quien tomo la referencia), y por Pédech, proponen «de Patras», que parece la conjetura más sólida.

<sup>330</sup> Cf. IV 59, 1.

<sup>331</sup> Cf., para Fares, nota 8 del libro IV y para Egio, nota 122 del libro II.

<sup>332</sup> Cf. II 41, 7-8. Está situado a treinta kilómetros al S. de Egio.

de los aqueos hizo una incursión hasta Molicria<sup>333</sup> y regresó con cien prisioneros, o poco menos. Zarpó de nuevo y navegó hasta Calcea. A los que acudieron en su defensa les capturó dos navíos con sus dotaciones; junto al cabo Río<sup>334</sup> de Etolia apresó un esquife<sup>335</sup> con sus soldados y sus remeros. Entonces, ante la afluencia, por tierra y por mar, de un botín que producía sumas y recursos considerables, los soldados ya no dudaron de que recibirían sus pagas, y las ciudades concibieron la esperanza de no verse tan gravadas por impuestos.

95 Simultáneamente con todo lo narrado, Escerdiledas<sup>336</sup>, que se creía tratado injustamente por el rey, porque le faltaba cobrar algo de la cantidad acordada en el pacto que hizo con Filipo, envió quince falúas, con la idea de cobrarse el dinero por medio de una astucia. Estas falúas recalaron en Léucade, donde todo el mundo las recibió como amigas, debido a que antes habían formado un frente común. No habían tenido tiempo ni posibilidad de causar ningún daño, pero cuando Agatino y Casandro, que eran de Corinto y navegaban junto a las naves de Taurión, fondearon a su lado, por creerles amigos, con cuatro naves, los de Escerdiledas atacaron a traición, capturaron las naves y los hombres y los enviaron a su jefe. Inmediatamente zarparon de Léucade y pusieron rumbo al cabo de Malea, donde efectuaron pillajes y se llevaban a los comerciantes.

5 Se acercaba ya el tiempo de la mies; Taurión descuidó la vigilancia de las ciudades que acabo de mencionar<sup>337</sup>, mientras que Arato, con su contingente de tropas de élite vigilaba la entrada de trigo en Argólide.

<sup>333</sup> Molicria (Molicreion, en Tucídides, III 102, 2) y Calquia eran villas etolias a la entrada del golfo de Corinto.

<sup>334</sup> Propiamente, Antirrio. Cf. nota 17 del libro IV.

<sup>335</sup> Sobre este tipo de nave, véase nota 221.

<sup>336</sup> Cf. IV 29, 7 y V 4, 3.

<sup>337</sup> Megalópolis, Tegea y Argos.

Eurípidas, por su parte, salió a campaña con los etolios; pretendía devastar el territorio de los triteos<sup>338</sup>. Lico y Demódoco, este último jefe de la caballería de los aqueos, informados de la incursión de los etolios salidos de Elide, agruparon a los dimeos, a los patreos y a los farieos, y con ellos y el cuerpo de mercenarios, la invadieron. Una vez llegados al lugar llamado Fixio, destacaron a su infantería ligera y a su caballería para que efectuaran una razzia; la infantería pesada, la emboscaron en el lugar ya citado. Todas las tropas disponibles de los eleos salieron a defenderse contra los saqueadores, a los que atacaron en plena retirada. Pero entonces Lico y sus hombres salieron de su guarida y asaltaron a la vanguardia enemiga cuando ésta arremetía. Los eleos no aceptaron el combate, al contrario, ante la aparición del enemigo emprendieron la fuga. Lico y los suyos mataron a unos doscientos hombres y capturaron ochenta prisioneros; se llevaron, además, sin ningún peligro, el botín ya conseguido. Precisamente en estos mismos días el almirante de los aqueos realizó repetidos desembarcos en las costas de Calidón y de Naupacto, taló todos estos territorios y derrotó por dos veces a las tropas que acudían a defenderlos. Cogió prisionero a Cleónico de Naupacto<sup>339</sup>, que no fue vendido porque era próxeno de los aqueos; al cabo de un cierto tiempo fue puesto en libertad sin rescate de ningún tipo.

En aquella misma época, Agetas<sup>340</sup>, el general etolio, movilizó todas las tropas de la confederación y penetró en el territorio de los acarnanios para efectuar una correría; traspasó, además, sin ser molestado, todo Epiro, y lo devastó. Realizadas estas operaciones, Agetas

<sup>338</sup> Cf. nota 18 del libro IV.

<sup>339</sup> Sobre este personaje, cf. 102, 4 y IX 37, 4.

<sup>340</sup> Cf. nota 316.

tas se replegó y licenció a los etolios hacia sus ciudades  
3 respectivas. Pero los acarnanios, a su vez, contraatacaron por el territorio de Estrato, aunque luego, llenos de pánico retrocedieron vergonzosamente; sin embargo, no sufrieron pérdidas, porque los habitantes de Estrato<sup>341</sup> desconfiaron y no les persiguieron; creían que la retirada de los otros no era más que una celada.

4 En la población de Fanotea<sup>342</sup> se produjo una doble traición; fue como sigue: Alejandro<sup>343</sup>, nombrado por Filippo gobernador de Fócide, entabló conversaciones con los etolios a través de un tal Jasón<sup>344</sup>, nombrado por  
5 él comandante de la ciudad de Fanotea. Este Jasón envió mensajeros a Agetas, el general etolio, y se declaró dispuesto a entregarle la ciudadela de la población,  
6 acerca de lo cual hizo un pacto juramentado. Llegó la fecha fijada y Agetas se presentó con los etolios, aún de noche, ante Fanotea. Escogió a sus cien hombres más aguerridos y los envió a la ciudadela; él se ocultó en  
7 una emboscada con el resto de sus tropas. Jasón ya tenía presto a Alejandro con sus soldados dentro de la ciudad; recibió a los jóvenes etolios según el juramento  
8 e introdujo a todos en la acrópolis. Los de Alejandro les atacaron al punto y aquella élite de las tropas etolias cayó prisionera. Ya de día, Agetas comprendió lo ocurrido y se retiró con los suyos; había caído en la trampa que él mismo tendiera tantas veces.

<sup>341</sup> Estrato: plaza importante de Etolia, en la misma frontera de Acarnania.

<sup>342</sup> Fanotea, ciudad de Fócide, en el valle del Cefiso.

<sup>343</sup> Este Alejandro es el que sale en IV 87, 5.

<sup>344</sup> Para este pasaje, cf. X 42, 7.

*Operaciones de  
Filipo en Macedonia  
y en Tesalia*

En estos mismos tiempos, el 97  
rey Filipo conquistó Bilazora<sup>345</sup>,  
la ciudad más importante de Peonia, situada muy estratégicamente para invadir Macedonia desde Dardania; con esta operación se vio libre del temor que infundían los dardanios<sup>346</sup>. En efecto, ya no les re- 2  
sultaba fácil a éstos penetrar en Macedonia, si Filipo dominaba los accesos a ella mediante la ocupación de la citada plaza. Filipo la fortificó y envió sin dilaciones 3  
a Crisógono<sup>347</sup> a reclutar una leva suplementaria en el norte de Macedonia. Él recogió a los hombres de Botia 4  
y de Amfaxítide<sup>348</sup> y, con ellos, se presentó en Edesa<sup>349</sup>: allí se reunió con los macedonios de Crisógono, marchó con sus tropas y, al cabo de seis días, estaba cerca de Larisa. No interrumpió el avance, que con- 5  
tinuó aún de noche, y a la mañana siguiente se plantó en Melitea<sup>350</sup>: aplicó sus escaleras a los muros e intentó tomar la ciudad por asalto. Los melitenses habían sido 6  
presa del pánico ante un ataque tan súbito e imprevisto, de manera que Filipo se hubiera apoderado fácilmente de la ciudad; sin embargo, fracasó en su intento porque las escaleras no eran tan altas como se hubiera precisado.

Los fallos de este tipo son los que resultan más im- 98  
perdonables para los generales. Cuando un general tiene 2  
la intención de conquistar una ciudad, pero no ha rea-

<sup>345</sup> Probablemente la actual Titov-Velès, sobre el río Vardar, en Bulgaria.

<sup>346</sup> Cf. II 6, 4; IV 66, 1-7.

<sup>347</sup> Cf. 9, 4.

<sup>348</sup> Botia estaba entre el Haliacmo y el Axio; Amfaxítide, en la orilla izquierda del río citado en último lugar.

<sup>349</sup> Edesa era un segundo nombre de Egas, en la Laconia, algo al N. del puerto de Gitio.

<sup>350</sup> Melitea, en la Acaya Ftíotide, al N. del monte Otrix.

lizado ninguna previsión, no ha medido los muros, no ha inspeccionado los pasos difíciles ni otros lugares por el estilo, por donde piensa efectuar la penetración, ¿cómo no merecería reproche? También si han tomado las medidas personalmente, pero después confían la construcción de las escaleras y la de los aparejos de este tipo (cuya confección exige, realmente, poco trabajo, pero que son de la máxima importancia en el momento de su uso) al primero que encuentran, ¿cómo no merecerán reproche unos generales así? Pues para estas empresas es inevitable no descuidar algo necesario, o bien no sufrir ningún percance<sup>351</sup>. Porque al fracaso le siguen las pérdidas, y esto de muchos modos: en el momento mismo de la acción se arriesgan inútilmente los hombres más aguerridos, y aún más en la retirada, porque entonces el enemigo los desprecia. Ejemplos de esto hay muchos. Cualquiera descubriría que en empresas como éstas son más los que han perdido la vida o se han visto en el máximo peligro que los que han salido de ellas indemnes. Además es notorio que, cara al futuro, fraguan contra sí mismos odio y desconfianza: todo el mundo se pone en guardia contra ellos. Sea como sea, lo sucedido es un aviso para precaverse y vigilar, dirigido no sólo a las víctimas, sino a los que lo han sabido de oídas. De ahí que los encargados de operaciones como las citadas aquí jamás deben efectuar a la ligera los planteamientos de este tipo. La técnica de medir y de construir estos aparejos

<sup>351</sup> Aquí hay un problema de crítica textual que varía el sentido del texto, aunque no fundamentalmente: se trata de la negación, que los editores recientes anteponen al verbo griego que significa «actuar». Pero el editor ginebrino Casaubon puso la negación, lo cual parece más lógico. La traducción es según esta conjetura y se aparta, por consiguiente, del texto de Büttner-Wobst.

es fácil e infalible, si se procede con método<sup>352</sup>. Ahora, con todo, debemos reanudar la exposición: si en nuestra obra encontramos oportunidad y lugar adecuados para insistir en este punto, intentaremos aclarar cómo se pueden evitar al máximo este tipo de errores en tales operaciones.

Filipo, decepcionado por el fracaso de su golpe de mano, acampó junto al río Enipeo<sup>353</sup> y mandó transportar allí, desde Larisa y las demás ciudades, el material para el asedio que había mandado fabricar durante el invierno. El objetivo principal de su campaña era conquistar la ciudad llamada Tebas de Ftiótide<sup>354</sup>. Esta ciudad está no lejos del mar y dista de Larisa unos trescientos estadios. Su emplazamiento es estratégico: domina Magnesia y Tesalia; de la primera, principalmente la región de Demetrias<sup>355</sup> y de la segunda, las de Farsalo y Feres<sup>356</sup>. Tebas de Ftiótide estaba entonces en poder de los etolios, que hacían incursiones continuas: los demetrios, los farsalos y aun los feriseos salían muy mal parados. Tales correrías llegaban con frecuencia a la llanura llamada de Américo<sup>357</sup>. Para Filippo la cosa no era nada desdeñable y, por eso, puso el máximo empeño en tomar militarmente la plaza. Reunió ciento cincuenta catapultas, veinticinco máquinas lanzapiedras y avanzó hacia Tebas. Dividió su ejército en tres cuerpos y tomó posiciones en torno a la ciudad. El primer

<sup>352</sup> Polibio describe la técnica de medir muros y escaleras en IX 19, 5-9.

<sup>353</sup> El Enipeo, afluente por la derecha del Peneo, fluye a dos kilómetros de Melitea, al pie del macizo de Otrix.

<sup>354</sup> Tebas de Ftiótide, en esta región, al S. de la llanura de Halmiro.

<sup>355</sup> Cuya capital era Demetrias, puerto importante en el golfo Pagasético, fundado en 293 por Demetrio Poliorcetes. Cf. XVIII 11, 4-7.

<sup>356</sup> Farsalo y Feres: dos ciudades al S. de Tesalia.

<sup>357</sup> Actualmente Kastri, al E. de Larisa.



cuerpo acampó sobre Escopio; el segundo, en el lugar llamado Heliotropio; el tercero ocupó un monte que dominaba la ciudad. Obstruyó el espacio intermedio entre los campamentos mediante un foso y una doble valla; además, lo fortificó con torres de madera, que, con la guarnición suficiente, dispuso a la distancia de un pletro unas de otras. Seguidamente juntó todo el material de guerra y empezó a aproximar las máquinas a la ciudadela.

En los tres primeros días no logró avanzar nada en las obras, porque los de la ciudad les rechazaban con coraje y audacia. Pero por las escaramuzas continuas y por lo nutrido de los disparos murieron muchos de los defensores de la ciudad y otros cayeron heridos; entonces la resistencia remitió algo y los macedonios pudieron empezar sus trabajos de zapa. Trabajaron enérgicamente y, aunque el terreno no les favorecía en nada, debido a su gran esfuerzo al cabo de nueve días llegaron al pie de la muralla. Entonces se pusieron a excavar por turno, de modo que no cesaban ni de día ni de noche: en tres días minaron y apuntalaron dos pletros del muro. Pero los puntales no lograron sostener el peso, cedieron y la muralla se derrumbó antes de que los macedonios pudieran incendiarla. Estos procedieron con energía a retirar los escombros y se prepararon para un asalto. Cuando ya estaban a punto de forzar el paso, los tebanos, aterrorizados, rindieron la ciudad. Mediante esta operación Filipo se aseguró Magnesia y Tesalia y privó a los etolios del gran provecho que extraían de ellas. Además, probó a sus tropas que eliminó justamente a Leontio, quien antes, en el cerco de Palea<sup>358</sup>, se había comportado con una cobardía fingida. Filipo, pues, se apoderó de Tebas, redujo a la esclavitud a sus habitantes e instaló allí a una pobla-

<sup>358</sup> Cf. 3-4.

ción macedonia; cambió el nombre de la ciudad, Tebas, y la llamó Filipas.

*Hacia el final de las hostilidades en Grecia*

Quando acababa de componer la situación en Tebas, se le presentaron de nuevo embajadores de Quios, de Rodas y de Bizancio, y también de parte del rey Ptolomeo, para concluir la paz<sup>359</sup>. Filipo les contestó más o menos lo mismo que antes; afirmó que él no estaba en contra de la paz, pero los remitió a los etolios, para que tantearan también a éstos. Mas a él mismo la paz le importaba poco, por lo que se dedicó a proseguir sus operaciones.

Supo que los esquifes de Escerdiledas pirateaban por el cabo de Malea<sup>360</sup>, y que trataban a todos los comerciantes a fuer de enemigos; habían roto la tregua y habían capturado algunos de sus propios navíos atracados en Léucade. Aparejó doce naves ponteadas, ocho naves sin cubierta y treinta chalupas, y navegó a través del Euripo<sup>361</sup>: quería a todo trance atrapar a los ilirios, pero se empeñaba aún más en la guerra contra los etolios; desconocía todavía los hechos ocurridos en Italia. Mientras Filipo asediaba Tebas, los romanos eran vencidos por Aníbal en la batalla de Trasimeno<sup>362</sup>; pero la noticia de este suceso no había llegado todavía a tierras de Grecia. Las naves ilirias escaparon a Filipo; éste fondeó en Cencreas y, desde allí, mandó las naves ponteadas con la orden de doblar el cabo de Malea y navegar en dirección a Egio y a Patras; él cruzó el istmo con las restantes y dispuso que todas fondearan en Lequeo. Luego partió a toda prisa

<sup>359</sup> Cf. 24, 11.

<sup>360</sup> En el extremo oriental de Laconia.

<sup>361</sup> Cf. nota 101.

<sup>362</sup> Junio del 217 a. C.

con sus amigos y se presentó en Argos para asistir a los juegos nemeos. Poco tiempo después de que contemplara el principio de los ejercicios gimnásticos, llegó un correo desde Macedonia, con la nueva de que los romanos habían sido vencidos en una gran batalla y de que Anfbal era dueño del campo. De momento, Filipo enseñó la carta sólo a Demetrio de Faros, pero le recomendó que no dijera nada. Éste aprovechó la oportunidad: creía que lo debido en aquellas circunstancias era terminar, lo más pronto posible, la guerra contra los etolios e indicaba que debían dedicarse a los problemas de la Iliria y a una subsiguiente expedición a Italia. Le aseguró que ya ahora toda Grecia estaba bajo su imperio y que seguiría estándolo: los aqueos lo harían espontáneamente, por la adhesión que sentían hacia él; y los etolios, constreñidos por el terror que les habían causado los hechos de la guerra presente. Una invasión de Italia, afirmó, era el principio del dominio universal, cosa que le correspondía a él más que a cualquier otro. Y éste era el momento, después de la derrota romana.

Con estas palabras enardeció rápidamente a Filipo, igual que se exaltaría, creo yo, un rey joven, audaz y mimado por la buena fortuna, quien, encima, procediera de una dinastía que, a decir verdad, siempre había aspirado al dominio universal.

Filipo, pues, según dije, de momento declaró sólo a Demetrio el contenido de la carta, pero después reunió a sus amigos y se celebró un consejo acerca de la paz con los etolios. Arato no se mostró contrario, ni mucho menos, a una negociación, porque era evidente que podían concluir la guerra desde una posición de fuerza. El rey ni tan siquiera esperó recibir los legados que iban a tratar conjuntamente las condiciones de paz, sino que mandó sin dilaciones a Cleónico de

Naupacto<sup>363</sup> a establecer un contacto con los etolios; le había encontrado porque, después de su cautiverio<sup>364</sup>, esperaba la asamblea de los aqueos; Filipo recogió las naves que tenía en Corinto y sus fuerzas de tierra, y con ellas se presentó en Egio. Desde allí avanzó sobre Lasión<sup>365</sup>, se apoderó de la fortaleza de Peripia e hizo un amago de invasión de Élide, para dar la impresión de que no estaba demasiado dispuesto a dar fin a la guerra. Luego, después de dos o tres idas y venidas de Cleónico, atendió a los ruegos de los etolios de entablar conversaciones. Dejó a un lado todas las ocupaciones bélicas y remitió correos a las ciudades aliadas con la orden de enviar delegados que participaran en la conferencia de paz. El hizo la travesía con su ejército y estableció su campamento en Panormo, que es un puerto del Peloponeso situado enfrente de la ciudad de Naupacto; allí aguardó la llegada de los consejeros mandados por los aliados. El tiempo de espera para la reunión del consejo lo aprovechó para zarpar hacia Zacinto, donde puso en orden personalmente los asuntos de la isla; se hizo a la mar de nuevo y se presentó en Panormo<sup>366</sup>.

Cuando los delegados ya estuvieron reunidos, Filipo mandó a los etolios a Arato y a Tau- rión<sup>367</sup>, acompañados de algunos etolios que habían acudido a Panormo. Estos aqueos se entrevistaron con los etolios reunidos en asamblea general en Naupacto; tras breves

<sup>363</sup> Cf. 95, 12, nota 339.

<sup>364</sup> Otros interpretan: «a causa de su cautiverio», «porque estaba aún cautivo».

<sup>365</sup> Cf. nota 172 del libro IV.

<sup>366</sup> Localidad al S. de la isla de Peparetos, que no hay que confundir con Palermo de Sicilia (en griego, también Panormo).

<sup>367</sup> Cf. 27, 4; 92, 7; 95, 3-5; nota 326.

conversaciones pudieron comprobar el interés etolio por llegar a un acuerdo y navegaron de regreso para encontrarse con Filipo, a fin de exponerle tales disposiciones. Los etolios, verdaderamente afanosos de acabar con aquella guerra, enviaron unos delegados que acompañaran a los legados aqueos: solicitaban de Filipo que se les presentara con su ejército para que una negociación directa diera a la situación un ajuste adecuado. El rey, incitado ante tales demandas, zarpó con sus fuerzas hacia el paraje de Naupacto llamado «La Hondonada», distante, todo lo más, veinte estadios de la ciudad. Allí acampó, rodeó las naves y sus fuerzas de una valla y un foso, y aguardó el momento de la conferencia. El ejército etolio se presentó íntegro, pero desarmado, se detuvo a dos estadios del campamento de Filipo y envió unos legados a parlamentar sobre la situación presente. Primero el rey envió a todos los delegados de los aliados que habían acudido, con el encargo de que ofrecieran la paz a los etolios; la condición era que cada parte se quedara con lo que poseía en aquel momento. Los etolios aceptaron esta proposición y, desde entonces, aquello fue un ir y venir continuo de legaciones. Vamos a omitirlas prácticamente todas, porque no hicieron nada digno de mención; sin embargo, recordaremos el discurso de Agelao de Naupacto<sup>368</sup>, dirigido, en la primera entrevista, al rey y a los aliados presentes.

104

*Discurso de Agelao  
de Naupacto*

Declaró que lo más necesario era que los griegos no se hicieran nunca la guerra mutuamente: debían dar muchas gracias a los dioses si lograban decir todos la misma cosa y estar de acuerdo, dándose las manos como los que cruzan un río; con ello, rechazarían las

incursiones de los bárbaros, se salvarían ellos mismos y sus ciudades. En el caso, con todo, de que ello no fuera totalmente posible, pidió que al menos en aquel momento se pusieran de acuerdo y se precavieran: era preciso tener en cuenta los formidables ejércitos y la magnitud de la guerra que se desarrollaba en occidente. Porque es evidente, incluso al que ahora no está muy metido en política, que en esta guerra da lo mismo que los romanos venzan a los cartagineses o que éstos triunfen de los romanos, ya que, mírese como se mire, lo lógico es que los vencedores no se den por satisfechos con la posesión de Italia y de Sicilia: acudirán aquí y ampliarán sus operaciones y desplegarán sus fuerzas más allá de lo que es justo. Por esto, pidió que todos estuvieran alerta, pero principalmente Filipo. Él constituiría la salvaguardia, si dejaba de destruir a los demás griegos, convirtiéndolos así en presa fácil de eventuales asaltantes. Todo lo contrario: debía preocuparse de los demás griegos como si se tratase de su propia persona: así, todas las partes de Grecia le serían afectas y se le unirían. Si afrontaba los problemas de esta manera, todos los griegos le serían colaboradores fieles y seguros en todos sus proyectos. Los extranjeros conspirarían menos contra su imperio, admirados por la lealtad que le profesarían los griegos. Si le atraían las acciones bélicas, le indicó que girara sus ojos a occidente, que se aplicara a las guerras que se libraban en Italia. Debía convertirse en espectador sagaz e intentar, cuando se ofreciere la oportunidad, hacerse con el imperio del universo. El momento actual permitía abrigar esta esperanza. Exhortó a Filipo a aplazar sus diferencias con los griegos y sus guerras contra ellos, y a poner el máximo empeño en esto, para poder reconciliarse con ellos o bien hacerles la guerra cuando quisiera. Porque si aguardaba a que los nubarrones que ahora 10

<sup>368</sup> Cf. IV 16, 10-11, y nota 38 del libro IV.

se levantan por occidente<sup>369</sup> se cernieran sobre parajes griegos, mucho se temía, afirmó, que estas treguas y estas guerras, en una palabra, estos juegos con los que ahora nos entretenemos mutuamente se nos trunquen a todos de un modo tal, que debamos pedir a los dioses la libertad de hacernos la guerra cuando queramos, de hacer las paces igualmente y, en resumen, el ser dueños de nosotros mismos en las disputas que tengamos.

105

*Reflexiones sobre el momento histórico*

Tal fue el contenido del discurso de Agelao, con el cual incitó a todos los aliados a hacer la paz y, principalmente, a Filipo, pues usó de expresiones apropiadas a

la predisposición que en él habían operado los avisos anteriores de Demetrio. Hubo un acuerdo general en todos y cada uno de los puntos, ratificaron los pactos y cada uno se retiró a su país llevando consigo la paz, y no la guerra.

3 Todos estos hechos sucedieron en el año tercero de la Olimpiada ciento cuarenta, me refiero a la derrota de los romanos en la batalla de Trasimeno, a la campaña de Antíoco en Celesiria y al tratado de paz entre los aqueos y Filipo, por un lado, y los etolios, por el otro.

4 La conferencia celebrada entonces enlazó por primera vez los acontecimientos de Grecia, de Italia y aun del África, porque ni Filipo ni los demás hombres de estado griegos, cuando se hicieron la guerra y cuando pactaron la paz, tuvieron como punto de referencia la situación en Grecia, sino que todos tenían la vista puesta en objetivos de Italia. Y muy pronto ocurrió algo semejante con los isleños y los habitantes del Asia. En efecto: los que estaban descontentos de Filipo y algunos que tenían diferencias con Atalo ya no se giraron hacia

<sup>369</sup> Esta figura se ha hecho famosa: IX 37, 10; XXXVIII 16, 3, con precedentes en HOMERO, *Iliada* XVII 243; ARQUÍLOCO, fr. 56.

Antíoco o hacia Ptolomeo, ni hacia el sur ni hacia el norte, sino que desde entonces miraron a poniente; unos enviaban legados a los cartagineses, y otros, a los romanos. Y los romanos hicieron lo mismo con los griegos: temían la audacia de Filipo y se previnieron ante un ataque suyo en las circunstancias en que se encontraban.

Nosotros, creo, según el planteamiento inicial<sup>370</sup>, 9 hemos mostrado claramente el cómo, el cuándo y las causas que hicieron que los acontecimientos de Grecia conectaran con los de Italia y los de África<sup>371</sup>. Ahora sólo nos resta continuar la exposición de la historia de Grecia hasta alcanzar el tiempo en que los romanos perdieron la batalla de Cannas. En esta catástrofe interrumpimos la explicación de la historia de Italia; ahora acabaremos este libro haciéndole alcanzar la fecha indicada.

*Grecia, Egipto y Asia durante los años 217/216*

Los aqueos, tan pronto se deshicieron de la guerra, eligieron por general a Timóxeno<sup>372</sup> y se reintegraron a sus costumbres y modo de vida. Igualmente las res-

2 tante ciudades peloponesias recuperaron sus bienes, cultivaron las tierras, renovaron las asambleas y los sacrificios patrios y los demás ritos, tradicionales en cada lugar, en honor de los dioses. Las poblaciones casi 3 habían olvidado todo esto debido a las guerras continuas precedentes. Yo no llego a entender cómo los pelopo-

<sup>370</sup> I 3, 1 ss.; IV 28, 2-6.

<sup>371</sup> El sincronismo que aquí intenta Polibio es bastante forzado; sólo puede fundamentarse, como nota PÉRECH, *Polybe*, V, pág. 109, en nota, en que Filipo V, en este año 217, pensaba invadir Italia. Lo mismo advierte WALBANK, *Commentary*, ad loc., para las batallas de Trasimeno y Rafia.

<sup>372</sup> Pretor de los aqueos; ya lo había sido anteriormente; cf. II 53, 2 y IV 6, 4.

nesios, que tienen un carácter muy dado a una vida plácida y humana, son los que menos se aprovechan de él, al menos en los tiempos pretéritos; más bien, según los versos de Eurípides, fueron siempre gentes ardientes en la guerra, que no dan reposo a la lanza <sup>373</sup>.

5 Con todo, me parece lógico que les ocurra esto, pues todos sienten ansias de dominar y, además, tienen un amor innato a la libertad, lo cual promueve entre ellos luchas continuas; jamás están dispuestos a ceder una supremacía.

6 Los atenienses se vieron libres del temor que les infundían los macedonios y dieron la impresión de dis-  
7 frutar con firmeza de su libertad. Habían nombrado magistrados supremos a Euríclidas y a Mición <sup>374</sup>, y no intervinieron para nada en las cuestiones de los demás griegos. Fieles siempre a las directrices de sus jefes, o más bien a sus caprichos, adularon a todos los reyes <sup>375</sup>  
8 y, más que a todos, a Ptolomeo. Pasaron por decretos y proclamas de todo género e hicieron caso omiso de lo razonable, debido todo a la simpleza de sus gobernantes.

107 Inmediatamente después de estos sucesos, Ptolomeo se vio obligado a guerrear contra sus propios súbd-

<sup>373</sup> En las obras de Eurípides conservadas no se encuentra ni verso ni expresión semejante. Es el fr. 998 de la edición de NAUCK.

<sup>374</sup> Estos dos personajes, que eran hermanos, dirigieron la política de Atenas del 242 al 212. Lograron que la guarnición macedonia abandonara la ciudad y rehusaron apoyar a Arato en su guerra contra Cleómenes.

<sup>375</sup> WALBANK, *Commentary*, ad loc., nota aquí que, aún más que a Ptolomeo, adularon a Átalo de Pérgamo, quien envió a Atenas varias estatuas suyas para que las plantaran para celebrar sus propias victorias contra los galos (cf. XVI 25, 5-9). PÉRECH, *Polybe*, V, pág. 170, en nota, observa que el tono de Polibio es demasiado hostil, porque el historiador es un entusiasta ferviente de Arato.

tos <sup>376</sup>. Este rey, en efecto, había armado a los egipcios 2 para la guerra contra Antíoco: tal determinación le resultó acertada para el presente, pero equivocada para el futuro. La victoria de Rafia ensoberbeció a aquellas 3 gentes y ya no soportaron más la autoridad. Se creían capaces de bastarse a sí mismos y se buscaron un capítoste bien figurado, cosa que acabaron por lograr, y muy pronto.

Antíoco hizo grandes preparativos durante el invier- 4 no; luego, al llegar el verano, pactó una acción común con el rey Átalo, rebasó la cordillera del Tauro y entabló una guerra contra Aqueo.

Los etolios de momento quedaron satisfechos de la 5 paz concluida con los aqueos, porque la guerra no se había desarrollado según sus planes (por esto habían elegido por general a Agelao de Naupacto, que parecía ser el hombre que más había colaborado a hacer las 6 paces), pero, muy poco tiempo después, empezaron a 6 dar signos de desagrado y echaban en cara a Agelao que les había privado de todos los beneficios procedentes del exterior y de perspectivas para el futuro, debido a que había hecho la paz no con sólo algunos griegos, sino con todos. Sin embargo, el hombre aguantó estos 7 reproches tan necios y refrenó los impulsos de los etolios, de manera que éstos se vieron forzados a contenerse, contra su temperamento.

El rey Filipo, después del tratado, regresó por mar 108 a Macedonia y allí se encontró que Escerdiledas, aun bajo el pretexto del dinero que se le debía, por el cual ya en Léucade <sup>377</sup> había atacado unos navíos a traición, había saqueado la plaza de la región de Pelagonia llamada Piseo, y se había anexionado, o por miedo o por pro- 2 mesas, algunas poblaciones de Dasarétide <sup>378</sup>, como Anti-

<sup>376</sup> Polibio explica sumariamente esta guerra en XIV 12, 4.

<sup>377</sup> Cf. 95, 1-3.

<sup>378</sup> Pelagonia confinaba con Iliria al O. de Macedonia. Dasa-

patria, Crisondo y Gerunta<sup>379</sup>; además había hecho una 3  
 incursión por las regiones macedonias limítrofes. Filipo, 4  
 pues, salió al punto con su ejército con la intención y 5  
 el empeño de recuperar las ciudades que le habían 6  
 hecho defección. En pocas palabras: decidió hacer la 7  
 guerra a Escerdiledas, pues creía que lo más necesario 8  
 era poner en orden la Iliria, ello en vistas a proyectos 9  
 ulteriores, principalmente su paso a Italia. Esta espe-  
 ranza y este proyecto Demetrio los estimulaba en el  
 rey continuamente, de manera que Filipo, incluso dor-  
 mido, soñaba en esto y en que se encontraba ya en  
 plenas operaciones. Demetrio actuaba así no para favo-  
 recer a Filipo (cosa que en sus cálculos ocupaba el  
 tercer lugar), sino más bien por su malquerencia contra  
 los romanos y, lo principal, por las esperanzas que al-  
 bergaba acerca de sí mismo, pues creía que sólo así  
 podría recuperar su reino de Faro. Por lo demás, Filipo  
 se puso en campaña y recuperó las ciudades citadas;  
 en Dasarétide, ocupó Creonio y Gerunta, y en las orillas  
 del lago Licnidio, Enquelana, Ceraca, Sación y Beo; en  
 el distrito de Calicena, se apoderó de Bantia, y en el  
 de los llamados Pisantinos, de Orgiso. Llevadas a cabo  
 con éxito estas operaciones, licenció a sus tropas para  
 que pasaran el invierno<sup>380</sup>.

Este era aquel en el que Aníbal, tras devastar las re-  
 giones más fértiles de Italia, se disponía a hibernar en  
 Gerunio, en Daunia<sup>381</sup>; los romanos habían nombrado  
 cónsules a Cayo Terencio y a Lucio Emilio<sup>382</sup>.

rétide se extendía al O. de los grandes lagos hasta el Apsó,  
 río sobre el cual se sitúa Antipatria.

<sup>379</sup> Estas ciudades están situadas al SE. de Iliria, pero su  
 localización es difícil.

<sup>380</sup> Del año 217/216.

<sup>381</sup> Cf. III 100.

<sup>382</sup> Son Cayo Terencio Varrón y Lucio Emilio Paulo, los  
 cónsules romanos vencidos en la batalla de Cannas.

Durante el invierno Filipo calculó que para llevar 109  
 a cabo sus proyectos necesitaba de naves y de un cuer-  
 po de remeros, no para una batalla naval, pues no se 2  
 creía capaz de un choque por mar contra los romanos,  
 sino más bien para transportar los soldados, trasladar-  
 los más aprisa al lugar propuesto y aparecer inespera-  
 damente ante el enemigo. En la suposición de que para 3  
 esto los mejores astilleros eran los de Iliria, les en-  
 cargó la construcción de cien esquifes, siendo segura-  
 mente el primer rey macedonio que hizo esto. Los apa- 4  
 rejó, concentró sus fuerzas y cuando empezó el verano  
 entrenó a los macedonios por breve espacio de tiempo  
 en el arte de remar y zarpó. Eran los días en que An- 5  
 tíoco había atravesado el Tauro. Filipo navegó por el  
 Euripo, dobló la punta Malea y se presentó en Léucade  
 y en Cefalania. Allí fondeó y esperó impaciente la flota  
 romana. Avisado de que ésta había anclado en el Lilibeo, 6  
 zarpó con más confianza y avanzó, navegando en direc-  
 ción a Apolonia.

Cuando estaba ya cerca de la desembocadura del 110  
 río Aoo, que fluye junto a la ciudad de los apoloniatas,  
 invadió a su escuadra un pánico semejante al que a  
 veces se da en los ejércitos de tierra. Lo que sucedió 2  
 fue que algunos esquifes que navegaban a retaguardia  
 habían fondeado en la isla de Sasos<sup>383</sup>, que está en la  
 entrada del mar Jonio. Estos esquifes se presentaron de  
 noche a Filipo y las tripulaciones le advirtieron que  
 junto a ellos habían echado anclas unas naves proce-  
 dentes del estrecho de Mesina. Sus dotaciones les ha- 3  
 bían avisado de que en Regio habían dejado unas pen-  
 teras romanas que navegaban rumbo a Apolonia para  
 ayudar a Escerdiledas. Filipo supuso que, a no tardar, 4  
 una flota formidable se le iba a echar encima y cogió

<sup>383</sup> Esta isla, actualmente llamada Sasona, pertenece a Al-  
 bania.

miedo; mandó levar anclas al instante y deshacer la navegación que ya habían hecho. La operación de zarp  
 5 par y la retirada se hicieron en medio de un desconcierto general. Al cabo de dos días atracó en Cefalonia; se había singlado sin parar, día y noche. Allí cobró  
 6 un poco de ánimo y se quedó, bajo el pretexto de que debía componer ciertos asuntos en el Peloponeso. Pero  
 7 en realidad le había sobrevenido un temor sin fundamento. Es verdad que Escerdiledas, informado durante  
 8 el invierno de que Filipo había ordenado la construcción de muchos esquifes, temía que éstos se le presentaran por mar y, por esto, había enviado legados a los  
 9 romanos, a ponerles en guardia y en demanda de ayuda. Pero los romanos sólo le mandaron diez naves restadas a su  
 10 escuadra del Lilibeo: eran precisamente las que habían sido vistas en Regio. Si Filipo no hubiera huido tan absurdamente, presa del pánico, muy probablemente habría alcanzado sus objetivos en Iliria, puesto que los romanos sólo pensaban y hacían preparativos para la batalla de Cannas, contra Aníbal; incluso quizás  
 11 hubiera capturado aquellas naves romanas. Pero ahora, confundido por aquel aviso se retiró a Macedonia, indemne sí, pero sin gloria.

111 En esta misma época, Prusias llevó a cabo una gesta digna de  
 2 *Prusias y los galos* mención. Los galos que el rey Átalo había hecho acudir desde Europa para su guerra contra Aqueo, pues tenían fama de valerosos, desertaron del rey citado, por los celos reseñados más arriba. Devastaron de manera salvaje y violenta, las poblaciones del Helesponto y acabaron por poner sitio a Ilión. Pero los habitantes de Alejandría, en Tróade, realizaron entonces  
 3 una hazaña no desprovista de nobleza; enviaron a Temisto con cuatro mil hombres, levantaron el cerco de Ilión, echaron de toda Tróade a los galos, a quienes

interceptaron los suministros, y frustraron los proyectos. Los galos retuvieron la ciudad llamada Arisbe<sup>384</sup>,  
 5 en el país de los abidenos, y desde allí atacaban y hacían la guerra a los habitantes de la región. Prusias  
 6 salió contra ellos con un ejército, dio una batalla en la que aniquiló a todos los hombres; masacró a sus mujeres y a sus hijos en su propio campamento, y concedió a sus soldados todo el bagaje enemigo. Mediante esta  
 7 operación libró de un gran miedo y peligro a las ciudades del Helesponto y dejó un espléndido ejemplo a los futuros, para que los bárbaros no pasaran tan fácilmente de Europa a Asia.

Esta era la situación en Grecia  
 8 y en Asia. En Italia, después de la batalla de Cannas, la mayoría de las poblaciones se pasó a los cartagineses, como ya se ha ex-

#### *Epítolo*

puesto más arriba<sup>385</sup>. Nosotros, ahora detendremos la  
 9 narración en esta fecha, ya que hemos explicado la historia de Asia y la de Grecia que abarca la Olimpiada  
 10 ciento cuarenta. En el libro siguiente, tras una breve recapitulación del libro introductorio, pasaremos a tratar de la constitución romana, de acuerdo con la promesa inicial.

<sup>384</sup> En Tróade. Ya sale en el «Catálogo de las Naves» homérico, *Iliada* II 836. Era una colonia milesia o de Mitilene. También la cita Heródoto, I 151.

<sup>385</sup> Cf. III 118, 2-5.